

LA FUGA A DINAMARCA

Colección Alejandría:
Narrativa

LA FUGA A DINAMARCA

Gabriel Medina

obvcuas.^{ediciones}

© 2017, Gabriel Medina
© 2017, Ediciones Oblicuas
info@edicionesoblicuas.com
www.edicionesoblicuas.com

Primera edición: xxxx de 2017

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales
Ilustración de portada: Gabriel Medina
Imprime: ULZAMA

ISBN: 978-84-16967-39-1
Depósito legal: B-XXXX-2017

ISBN Ebook: 978-84-16967-40-7

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.
c/Lluís Companys n° 3, 3º 2ª.
08870 Sitges (Barcelona)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

1

Las columnas de humo de los seis asados emergían de los distintos puntos de reunión al borde del océano Atlántico. Desde la loma norte, se divisaba el muelle frente a la otra loma, coronada por un tanque de reserva de petróleo detrás del pequeño faro de Punta Delgada. Las construcciones dispersas alternaban con algunos vehículos estacionados en función de las mismas columnas de humo, inclinadas por la acción de una brisa suave. La nota de color la ponía un polvoriento partido de fútbol en la cancha del patio de la escuela, el cual contaba también con su columna blanca correspondiente, un típico domingo.

—¿Che, le habrá pasado algo al Enzo? ¿Le mando un mensaje?

El Tolo Brambilla anticipaba la preocupación del resto, pero ansioso quería hacer algo.

—No seas pájaro de mal agüero, ya va a venir, nunca falta. Capaz que se quedó hablando huevadas por el camino, le encanta —contestó Claudio Domínguez, restándole importancia al comentario del Tolo.

Ese domingo, que parecía igual a los acostumbrados —siempre cargado de comentarios acerca de las vidas ajenas o relacionados a cuestiones climatológicas— iba a ser crucial en el futuro de sus vidas.

Cerca de las once de la mañana, el Gordo Asencio hacía el asado en el chulengo, y Julián Tardini cebaba mate. Enzo, que venía atrasado, ya estaba preocupando la ausencia, nunca había faltado sin avisar, y, para el truco de la sobremesa, cinco jugadores no era un buen número.

Mientras Juan Culfupán cortaba un salami y miraba de reojo la puerta, llegó Enzo Valle con notable estado de alteración. Cerró la verja de hierro con el aro de alambre que hacía las veces de cerradura y evitaba que el viento azotase. Con el diario en la mano y atropellado como siempre, dijo: «¡No saben lo que dice el diario!». Y con el periódico doblado en dos, mostraba el titular a los cuatro que miraban desde la mesa atónitos, dándole la espalda al gordo, que miraba con curiosidad las letras del revés adivinando la noticia y leyendo los titulares secundarios.

SE TERMINÓ EL PETRÓLEO

En seis meses se cierra la explotación de petróleo en Caleta Delgada.

Mediante un comunicado de prensa, la Empresa Surpetrol informó en la últimas horas de ayer el resultado de los recientes estudios de introspección, por los cuales se determinó que el yacimiento emplazado en la zona denominada Caleta Delgada ya se encuentra en su etapa final de explotación. También puntualiza que se está planificando el cierre de dicho yacimiento con la correspondiente remoción de equipos de terreno.

Así mismo Surpetrol manifestó la intención de llevar tranquilidad a la población en cuanto al sellado final de los pozos en desuso.

—Estamos al horno, estos gringos levantan todo y se van. Nos van a dejar en bolas —vaticinó Claudio, con cara de susto.

El Tolo, que trabajaba en logística, puso cara de superado:

—Yo ya lo venía diciendo, los últimos equipos que trajeron son viejos, estos ya lo sabían y no dijeron nada.

Mientras, el Gordo Asencio estiraba el cogote y movía la cabeza hacia los costados con el atizador en la mano y el repasador en la otra:

—Yo solo leo que hubo un récord de suicidios en Dinamarca, da vuelta que quiero ver, huevón.

—No creo que la empresa nos deje en bolas, siempre colaboran con la gente de acá.

Enzo ya venía reflexionando la noticia con más tiempo que el resto.

—Eso lo decís vos porque el gerente te invita a cenar de vez en cuando. ¿Vos te crees que se van a andar fijando a quién cagan estos? —aportó Claudio meneando la cabeza.

El Tolo estaba al tanto de los movimientos de equipos y del mantenimiento de las unidades, y con fundamento largó:

—Si es verdad, si estos se cagan en unas cubiertas, yo tengo los camiones con las ruedas que brillan de lisas que están, mira si se van a preocupar por nosotros. Creo que vos, Enzo, deberías ir a pedirles explicaciones, a ver qué dicen estos gringos. Es más, deberías convocar a una asamblea del pueblo como la que armaste la vez que pasó lo del puente de la ruta.

Asencio se iba arrimando a la mesa limpiándose las manos con la rejilla del asado. Abel Abdala, revolviendo la ensalada y con la parsimonia acostumbrada, sentenció:

—Mira, en este país no se muere nadie de hambre. Alguna cosa vamos a hacer, siempre que llovió paró.

—Y después volvió a llover... —dilapidó el Tolo, mientras se acomodaba el flequillo blanco.

Juan Calfupán, que seguía con el salame y el queso de la picada, rara vez emitía opinión, pero esta vez dijo:

—Ahí en Dinamarca parece que están más complicados.

Aquel día el asado estuvo signado por la noticia del diario como tema excluyente. Pero el lunes comenzó la movida y de la preocupación pasaron a la ocupación.

El gerente de la empresa se reunió con Enzo Valle y le explicó el cuadro de situación. La cuenca se había terminado y la explotación de petróleo llegaba a su fin. Le hablaron de la responsabilidad social empresaria, reconversión de puestos de trabajo, de las acciones previstas por la empresa para sellar los pozos y el cuidado del medio ambiente. El espíritu altruista y ambiental que siempre distinguió a la empresa y otros versos similares.

Después de dos horas de reunión tensa y acalorada, logró negociar el financiamiento de un estudio de reconversión y desarrollo para Caleta Delgada elaborado por profesionales de la Universidad de Comodoro Rivadavia.

El pueblo hervía de chimentos diversos, comentarios y especulaciones de todo tipo. La más popular refería a la mentira del diario y que no existía tal cosa. «¿El petróleo? Nunca se va a acabar aquí». «Los diarios siempre andan inventando cosas, mire cuántas cosas ponen y después salen a desmentir».

Enzo Valle, como presidente de la comisión de fomento, convocó a una asamblea del pueblo en el salón de usos múltiples de la escuela, ya que era el espacio más grande que disponía el pueblo.

El SUM de la escuela primaria estaba repleto, con personas a las que nunca se veía por la calle ni en reunión alguna. Habían concurrido personajes insólitos dentro de la comuni-

dad, hasta Doña Marcela (todos conocían a la dueña del local de entretenimiento nocturno masculino, pero rara vez se la veía por la calle). El ruso Ressel, que jamás cerraba su almacén ni los domingos ni para navidad ni año nuevo, puso un cartelito de cartón escrito con fibra verde que decía: «Vuelvo después de la asamblea». El padre Francisco, que nunca se mezclaba en cuestiones políticas y tenía gran habilidad para hacerse el desentendido ante un conflicto, también estaba allí.

Abriendo la asamblea, Enzo Valle tomó aire y largó la bomba esperada:

—Bueno, todos ya saben el motivo del llamado a asamblea. El petróleo se termina y tenemos que hacer algo. Me reuní con el gerente de la empresa y prometió básicamente dos cosas: hacerse cargo de las indemnizaciones individuales correspondientes y una ayuda a la comunidad para re-encauzar el futuro productivo de nuestra comunidad. Ofrecen financiar un estudio de la Universidad para que encuentren una salida para el pueblo de Caleta Delgada y ayudar con la reconversión del perfil de desarrollo del pueblo.

Julián Tardini, tomando coraje y haciendo uso de su amistad con Enzo, se animó:

—Esos de la Universidad saben, seguro van a encontrar cómo solucionar esto.

—Dicen que en una ciudad de Santa Fe hicieron no sé qué que cambió todo el pueblo cuando cerró una empresa grande —apoyó Claudio Domínguez, con voz más bien tenue.

—Lo único que saben esos es vivir sin trabajar. ¿Qué van a inventar? Hay que irse a la mierda de este pueblo que ni agua tiene —sentenció el inefable Tolo Brambilla.

Si bien todos conocían su habilidad para encontrar el lado negativo de cualquier cosa, no dejó de ser una opinión más en el aire.

Así siguieron opiniones a favor y en contra de la propuesta, pero todos guardaban un halo de esperanza. Salieron de la asamblea con intriga. Realmente, todos sabían que un pueblo sin servicios ni actividad económica genuina tendría muy pocas probabilidades de sobrevivir. La discusión se prolongó mucho más allá de los límites de la asamblea.

La vista de las paredes, que hasta hace poco tiempo pasaban desapercibidas, hoy se veían roídas. Los revoques con defectos, las medianeras de bloques comidas por el salitre del mar, la erosión del viento y la amplitud térmica abonaban a un paisaje gris. El ripio de las veredas tenía piedras más grandes, la falta de cordones que nunca se había notado ahora cobraba notoriedad. El ancho exagerado de las calles, sumadas las veredas inexistentes con la traza de la calzada sin marcar, molestaba. Las columnas lucían más torcidas que antes. El chillido producido por el vaivén del cartel del negocio de Ressel, movido por el viento, se tornaba tedioso. Hasta los gruesos cabos de antiguas amarras amarillo verdoso que adornaban la única vereda con baldosas de la entrada del hotel se veían desagradables y más deshilachados.

2

Los chaparrales cruzaban como de costumbre la calle, impulsados por el viento este de la mañana. Los remolinos azuzaban el polvo y alguna bolsa de nailon por el aire que pasaba la altura de las columnas de tendido eléctrico. En esos días el pueblo parecía más gris que lo acostumbrado. Una rara mezcla de incertidumbre y esperanza envolvía aquel poblado costero de la Patagonia.

El sol aún proyectaba una sombra corta sobre el ripio de las supuestas veredas que nunca estuvieron. Casi como en caravana llegaron cuatro vehículos de alta gama con personas desconocidas, anteojos negros o de aumento, buscando las oficinas de la empresa.

La mayoría de los vehículos de la empresa de petróleo eran camionetas con el logotipo de SURPETROL de colores celeste, blanco y rojo. Muy de vez en cuando llegaba algún coche de alta gama con algún supervisor o personal jerárquico, pero esta vez nadie sabía de visita alguna de los capitostes y siempre llegaban temprano para aprovechar el día y no tener que quedarse ahí.

El primer coche se detuvo cerca de unos chicos que jugaban en un baldío.

—Buenos días, ¿me podrán decir por un hotel?

El chico, levantándose los pantalones, dijo:

—Siga dos cuadras y después doble para el mar, se llama El Gorosito.

—Muchas gracias —dijo el conductor, mientras levantaba el vidrio de la ventanilla tratando de evitar el ingreso del polvo.

Los coches pararon frente al hotel y sus ocupantes empezaron a bajar el equipaje.

El galenso Austin, que ya había terminado su desayuno etílico, caminaba por la vereda de enfrente, se tropezó y cayó de rodillas cuando el viento hizo lo suyo con la minifalda de una rubia que acarreaba unos paquetes desde el baúl de uno de los coches.

El conductor del coche, que usaba anteojos de los que se oscurecen con el sol, se arrimó al mostrador del hotel:

—Buenos días. ¿Tiene nueve habitaciones individuales?

Alejo Molina, dueño de El Gorosito, único hotel de la zona, dijo:

—Tengo cuatro habitaciones con camas y baño compartido.

El grupo de catedráticos se miró y levantaron los hombros con resignación.

Tomaron las llaves y se dividieron. Las tres mujeres ocuparon una pieza y los seis varones, dos piezas más.

Al día siguiente, el pueblo empezó a ver, atónitos, cómo se movían esos personajes por las calles. Algunos andaban con cámaras de foto, otros con un teodolito y aparatos desconocidos para el pueblo. Varios miraban como calculando algo y anotaban, en franca lucha con el viento y la arena. Cuatro an-

daban con una carpeta que tenía una especie de prensa con papeles en la mano: cuestionarios y entrevistas previstas con algunos personajes del pueblo y encuestas previamente estipuladas.

—Buenos días, señora. ¿Podría hacerle algunas preguntas? Somos del grupo de consultores de la Universidad.

Cuando terminaron la entrevista y al salir de la casa de Alicia Versa, que se había quedado con la sensación de que no le habían preguntado lo que ella quería, se arrimó la vecina de al lado.

—¿Ahora me toca a mí? ¿Me van a preguntar? Yo no fui de don Ressel para esperarlos —preguntó mientras se acomodaba la blusa Sandra Davies.

—No, señora, las casas están estudiadas por localización geográfica y tenemos que mantener la metodología. A propósito, ¿me podría decir cuál es el 348 de la calle Roca?

Sandra Davies, con decepción y sorpresa por la pregunta, contestó:

—No, vea, acá no usamos números en las casas. Una vez iban a poner pero después dijeron que no tenía sentido. Dígame a quién busca y yo le indico.

Claudio Domínguez trabajaba desde hacía varios años en la cooperativa de servicios públicos. En realidad arreglaba todos los servicios y ocupó esa vacante cuando falleció Karl Woodke, quien se llevó a la tumba la localización exacta de las cañerías de agua.

Andaba siempre con una camioneta repleta de herramientas, alambre, clavos, cables y cuanta cosa le parecía que podía salvarle las papas. Sabía que era la última trinchera de los servicios porque no había más nadie que pudiera sacarlo del agua. A veces lo llamaban de la escuela o del dispensario

para arreglar algo que no anduviese desde un enchufe hasta una cerradura.

—Buenos días, señor. ¿Podría hacerle algunas preguntas? Somos del grupo de consultores de la Universidad. ¿Me podría informar qué potencia posee el suministro eléctrico, el consumo de gas natural y el volumen de agua del pueblo?

—Vea, señorita —contestó Domínguez, sin levantar la vista del escote—. Aquí el gas lo tenemos en garrafas, el camión del agua trae un tanque día por medio y la luz sale de un generador que está arriba de la loma, al lado del tanque de agua potable y lo puso la empresa. Habrá visto que hay dos lomas con un tanque cada una, el tanque negro es de petróleo, el de la loma norte es el del agua. ¿Ustedes van a traer gas natural?

Por la tarde iban volviendo al hotel, todos con algo en la mano: carpetas, computadoras portátiles y equipos electrónicos. La rubia de minifalda se dirigió a Alejo Molina:

—¿Me podría dar la clave de wi fi?

—El desayuno se sirve de ocho a diez en punto, las toallas se cambian cada tres días y las sábanas día por medio —contestó Alejo Molina. Conforme con su respuesta, se fue orgulloso hacia adentro de la cocina.

—Necesito conectarme a internet.

—¿Ah, eso? El locutorio tiene computadoras. Es acá cerquita, dos cuadras para allá.

Pasaron varios días en los que el poblado asistía involuntariamente a la recopilación de información por parte de los catedráticos, quienes no socializaban ni compartían nada con los habitantes. Lo que antes era una esperanza se convirtió en una sensación de recelo y desconfianza. Se veían a sí mismos como ratas de laboratorio y ante las preguntas que no podían

responder, se fue creando una resignación y hasta culpa por no ser un pueblo más desarrollado.

—Señor Valle, venimos a despedirnos, ya terminamos con la etapa de recopilación preliminar de información. Nos estamos yendo, próximamente recibirá un documento con los resultados del estudio.

Enzo Valle, alcanzándole un mate amargo:

—¿Ya se van? ¿No les van a presentar nada a la gente?

—Si lo desea, podríamos hacer una presentación para una conferencia de prensa o presentación pública cuando analicemos y terminemos el estudio. Si bien el contrato no lo prevé, sería un gesto de amabilidad de nuestra parte.

—Bueno, está bien ¿Y cuánto tiempo estiman ustedes? Digo para ir convocando a la asamblea del pueblo.

—En veinte días recibirá nuestro trabajo; si le parece ya establecemos la fecha. Podría ser en veintitrés días. ¿Le parece?

—Bárbaro. Siempre lo hacemos en el gimnasio de la escuela que es grande y estamos a resguardo del viento. ¿Necesitan algo más?

—Un equipo de sonido no vendría mal, nosotros traeremos el proyector digital y una computadora portátil para proyectar en gráficos la propuesta.

—Siempre le pedimos al cura del pueblo un micrófono y un equipo amplificador de guitarra; con eso zafamos bastante bien.

—Muy bien, nos estamos viendo en esa fecha entonces, gracias por la hospitalidad y seguimos a su disposición.

Apretones de manos de rigor. Mientras las vecinas salían por la puerta con una escoba o trapo en la mano para disimular, vieron partir raudamente al equipo de los eruditos de aspecto extraño.

Subieron a sus autos lujosos y se encaminaron a volver a Comodoro Rivadavia, con cara de alivio de irse de aquel paraje olvidado de Dios. Sabían por el camino de llegada que les esperaban ochenta kilómetros de ripio, baches y serrucho hasta llegar a la civilización: el pavimento de la ruta tres. Los trescientos kilómetros restantes no contaban para nada, ya eran civilizados.

3

Los días pasaban lentamente en esos tiempos, más que lo de costumbre. Aunque todo el mundo seguía con su vida, flotaba un aire de curiosidad por saber qué iba a pasar, de qué se trataba la solución.

El almacén de Ressel era el ámbito obligado para el intercambio de opiniones y chismes cotidianos.

—¿Y a usted, Alicia, qué le preguntaron? Interrogó con suma preocupación a Alicia Versa, que estaba delante de Sandra Davies en la cola del sector fiambrería.

—Puras pavadas: cuántos éramos en casa, cuántos trabajan, cuánto gana mi marido, las edades, las habitaciones de la casa. Yo pensé que me iban a preguntar sobre alguna idea que ellos trajeran... No sé, como que opina si se hiciera alguna empresa de otra cosa, o alguna pista. ¿Vio? Pero nada.

El ruso Ressel, que estaba escuchando atentamente, también opinó:

—A mí también, preguntaron cuánto vendo, qué vendo y cuántos días trabajo. En realidad podrían haberlo contestado

mirando la mercadería. No irán a mandarme al frente con la DGI, ¿no?

En la casa de Asencio, el asado seguía siendo excusa para el debate. Lo que antes era una reunión por costumbre y de amigos se transformó en una mesa de discusión.

—Decime, Gordo, ¿para qué tenés esa tapa del diario en la pared? ¿Querés mantener la preocupación? ¿Sufrir todos los días? —le preguntó Claudio al entrar al comedor.

El Gordo Asencio —que pocos sabían que en realidad se llamaba Jacinto y él mismo tampoco estaba demasiado entusiasmado en difundirlo— había colgado en la pared enfrente de la entrada esa primera hoja del diario con la fatídica noticia:

—¿Qué querés? La única vez que fuimos noticia en ese pasquín de mierda. Al menos no salimos en policiales.

—Como sigamos así vamos a salir próximamente en necrológicas —dijo el inefable Tolo sembrando incertidumbre sobre los últimos acontecimientos—, esos de la Universidad solo preguntaron boludeces. ¿Qué nos van a proponer? ¿Ustedes creen que este pueblo tiene alguna salida?

—Vos siempre el mismo mufa. A mí no se me ocurre nada, pero estos tipos saben —le respondió Claudio.

—Si supieran cómo hacer plata ya lo estarían haciendo en vez de dar clases de cosas raras por dos mangos. Si yo supiera hacer que me paguen por hablar pavadas, lo haría en vez de dedicarme a los camiones.

—A mí me dijo el turco que él piensa ir al norte, donde viven los tíos. Él va fácil porque sabe otras cosas y se acomoda con facilidad —acotó Julián.

—El turco Abdala tuvo suerte, él ligó los cursos de la empresa en Europa, fue dos veces a España y una vez a Dinamarca. Sabe inglés y es técnico. Así consigue laburo cualquiera —dijo Claudio, con gesto de sobrentendido.

Enzo Valle, que hoy estaba como cebador de mates, mientras se acomodaba la boina:

—Yo no me hago idea de nada, trato de mantener la mente abierta a lo nuevo que traigan estos tipos, por algo los contrató la empresa.

—En algo tenés razón, los gringos no gastan un mango de más ni que los maten —agregó el Tolo, que no resistía contestar cada opinión—, pero igual, para mí es al pedo, van a ver. Después no digan que no se lo dije.

—Che, ¿y el sindicato, qué dice a todo esto? Desde la noticia del diario no vinieron más —preguntó Julián refiriéndose al sindicato de trabajadores del petróleo

Con la serenidad que lo distinguía, Juan Cafupán dijo:

—Cada uno cuida su rebaño, ellos ya saben que nosotros estamos más afuera que adentro. Salga pato o gallareta al petróleo no nos vamos a dedicar más, y nadie se rasca donde no le pica.

4

En Caleta Delgada reinaba el desconcierto. Todos estaban con cierta ansiedad por lo que iba a pasar en la asamblea, convocada para conocer la propuesta de cómo se iba a encauzar nuevamente el pueblo.

Hasta que por fin llegó el día esperado. El galenso Austin venía de saco y sin una gota de alcohol, gozaba del respeto de la comunidad, ya que había sido el predecesor de Enzo Valle al frente de la comuna por varios años. Todos sabían de su problema con la bebida, pero también de su notable inteligencia y sagacidad.

Nuevamente se encontraron en el gimnasio de la escuela todos los habitantes. Las sillas escolares parecían, y siguen pareciendo, diseñadas para que una persona no tolere mucho tiempo sentado en ellas, pero no había otra cosa donde sentarse para tanta cantidad de gente.

Adelante se habían dispuesto mesas cubiertas con un mantel, el micrófono de la iglesia con el equipo de guitarra y una jarra de agua con vasos. Nadie sabía a ciencia cierta si era la forma correcta, pero así se veían los actos en la televisión.

Un chico vigilaba el camino mirando al oeste, en dirección a la meseta. El viento norte levantaría una cortina de polvo que indicaría la llegada de los coches esperados o cualquier vehículo que se aproximara al pueblo.

—Ahí vienen, ahí vienen —gritó el chico emocionado.

Para los niños la llegada de coches caros era una fiesta en sí misma y lo esperaban con ansiedad. Luego harían carteles con sus dedos sobre el polvo depositados sobre la carrocería, para alegría de sus dueños.

Llegaron nuevamente los autos de alta gama con sus tripulantes, esta vez todos vestidos muy formales. Riguroso saco y corbata, ninguna minifalda ni escote exagerado.

—Buenos días, habitantes de Caleta Delgada. Hemos traído el resultado de nuestros estudios y los vamos a exponer en un orden lógico. La metodología de exposición será la siguiente: primero hará la exposición cada uno de los especialistas y al finalizar tendrán oportunidad de realizar sus preguntas y aportes.

El contenido será expuesto como se presenta en el DOCUMENTO BASE DE DESARROLLO TERRITORIAL PARA EL PARAJE CALETA DELGADA.

Se oyó el partir del taco del zapato de una señora, el silencio de la gente era notable. Nadie hablaba, todos escuchaban con suma atención.

—El documento se compone de cinco vectores directrices: Vector medioambiental, vector revalorización costera, vector turístico, vector de desarrollo de nanotecnología y vector de desarrollo de energía eólica.

El micrófono seguía en manos del tipo de anteojos que siempre hablaba. La rubia y otro del equipo conectaban un proyector digital y una computadora. Los demás permanecían sentados detrás de la hilera de bancos. Enzo Valle no se sentó

delante a pesar de que tenía un lugar asignado y que algunos esperaban que así lo hiciera.

Así comenzó uno de traje marrón a exponer sobre el medio ambiente y la necesidad de cuidarlo, habló de las consecuencias del uso del petróleo, lo cual incomodó un poco a algunos. Pero en general habló sobre la importancia del cuidado del mismo, la disposición de la basura, el reciclaje y otras cosas similares que llamaban la atención de los pobladores, centralmente porque ellos no tenían ese tipo de problemas. Pero cuando empezó a nombrar las obras necesarias ya empezó a causar asombro.

Siguió un pelado que fue presentado como doctor por el tipo de anteojos, y empezó a hablar de las grandes posibilidades que tenía esa región de la costa, la biodiversidad y el potencial que tenían para hacer una reserva de flora y fauna, los pingüinos y las posibilidades de hacer acuicultura, el fitoplancton, el zooplancton, las especies autóctonas, etc. La sorpresa seguía creciendo en el auditorio.

En el proyector iban circulando títulos repetidos como caracterización, análisis de situación, FODA, respecto de la propuesta. Puesta en valor de, sistema y subsistema, análisis situacional, fortalezas, escenarios e impronta parecían palabras que les gustaban a los expositores y que la gente no comprendía para nada.

—Che, Indio, esto es más aburrido que chupar un clavo —le dijo en voz baja Claudio a Juan, que estaba sentado a su lado.

—¡Shh! Callate y poné cara como que entendés.

Luego siguió la señora rubia, hoy vestida con un trajecito y el cabello recogido. Habló sobre las potencialidades turísticas de la zona y la posibilidad de desarrollar senderos de reconocimiento. La necesidad de contar con servicios de calidad y

personal capacitado para el desarrollo de las tareas de servicios de los turistas que iban a venir a Caleta Delgada. Cuando la rubia llevaba una hora y cuarto de exposición, varios dormían y algunos ya se habían parado por no soportar las sillas.

Cuando por fin terminó de exponer fue el Gordo Asencio quien se animó a preguntar:

—Disculpe: ¿Y cómo se va a financiar todo eso? ¿Quién va a poner la plata?

El de anteojos, que hacía las veces de coordinador, respondió:

—Respetemos la metodología, por favor, ya habrá tiempo para las preguntas a su debido momento.

El galenso Austin, que se había mantenido sumamente atento, pero ya a esa altura se le salían los ojos azules por a través de los anteojos de la bronca, dijo:

—¡Pero ustedes nos vieron la cara de estúpidos! ¿Quién carajo va a venir acá a pasear? Y lo más importante, ¿de dónde vamos a sacar plata para hacer todo eso?

El de anteojos empezó a aflojarse la corbata, y le corrió una gota de sudor por la sien.

—Bueno, algunas inversiones deberá hacer la comuna, toda empresa requiere un sacrificio.

Se generó todo un murmullo y un malestar.

Alejo Molina estaba sentado al lado de Enzo Valle y lo codeaba:

—Vos deberías hablar y decir algo.

—Esperá que se calme un poco la cosa, así no escucha nadie —dijo mientras se aflojaba el pañuelo del cuello.

El primero fue el mismo galenso Austin, que se había contenido hasta ese momento; abrió su saco y con todo el dolor del alma tomó una petaca del bolsillo interno y la miró detenidamente con lástima. Era realmente una lástima, pero la

acción requería de un renunciamiento; y así le erró al de anteojos con la petaca que fue a romperse contra la pared del fondo.

Empezaron a arrojar cuanto objeto estuviera a mano, hubo gritos y desorden, volaron sillas, hasta una zapatilla azul se cruzó cerca de la cabreada del techo con el zapato de taco roto. Afortunadamente la salida era lateral al gimnasio y los miembros de la comitiva pudieron subir corriendo a los autos y escapar de la escena.

El de anteojos, jadeando, le decía al acompañante:

—Estos van a desaparecer por ignorantes, merecen su destino. ¡Manga de brutos!

Mientras, sobre el techo de los coches, caía una lluvia de piedras, y los siguieron corriendo hasta el pórtico de entrada al pueblo.

Claudio Domínguez volvía recuperando el aliento junto a Juan:

—Indio, estamos complicados, estamos como al principio.

—No, estamos peor, ahora no tenemos esperanzas.

5

Nueve de la mañana. El viento obligaba a los transeúntes a mirar hacia la pared para tratar de evitar la arenilla en los ojos, pero en la oficina del gerente de Surpetrol no se sentía. Apenas entraban los rayos del sol por entre las varillas de la cortina en la ventana con vista al mar; la calefacción central y un doble vidrio en la ventana garantizaban un ambiente confortable. El clima en Comodoro es similar, pero para algunos se siente distinto.

Con su cabello platinado y el flequillo reposando sobre sus anteojos, abrió la puerta de la oficina:

—La comunicación con el gerente general ya está en línea.

—Comuníqueme cuanto antes y cierre la puerta, por favor —ordenó mientras dejaba el sobretodo en el respaldo de la silla.

—Señor, estamos complicados. La gente de Caleta Delgada sacó a la comitiva a piedrazos, se nos viene otro quilombo. Por ahora no interfieren con las tareas de remoción de equipos, pero no sé hasta cuándo van a seguir calmados.

—Mire, en principio quédese tranquilo y trate de mantener un buen diálogo con la oficina de allá. Que lo mantengan al tanto de todo: lo que hacen, los rumores, lo que piensan y lo que quieren hacer. Hay que saber si hay reuniones y qué se habla en ellas. ¿Estaban los medios locales?

—No, no, eso lo vengo manejando yo con la pauta del diario. Ni fueron ni salió como noticia, pero los medios nacionales no tengo cómo manejarlos.

—Ah, de eso despreocúpese. Eso lo manejo con dos mangos.

—Otra cosa, supongo que lo mío en el otro yacimiento sigue en pie, ¿no es así?

—Por supuesto, estos contratiempos son normales. Solo tenemos que evitar tener otro episodio como el de Cerro Lagarto, eso nos costó una fortuna.

—Sí, claro, pero ahora no hay ningún apoyo político agitando nada.

—Entonces estamos sobre rieles, trate de que todo siga así y lo vamos manejando.

El viento del oeste traía el polvo de la meseta, haciendo un paisaje gris y sombrío en Caleta Delgada, como si quisiera aportar al estado de ánimo del pueblo tapando el sol de ratos. Al lado de las bisagras de las puertas se formaba la típica pirámide de arenilla, que crecía al compás del ruido del viento sobre los cables de la calle.

Cada punto de reunión de los vecinos era buena ocasión para el debate, la entrada de la escuela, una cola del mercado, todos los lugares eran buenos para dar rienda suelta a las propuestas más disparatadas: ¿Y si hacemos un corte de ruta? ¿A quién le vamos a cortar la ruta? ¿A nosotros mismos? Este es el final de la ruta, no lleva a ningún otro lado. ¿Acaso vio usted alguien que pase de camino a algún lado? No, pero po-

dríamos ir hasta la ruta tres. Aunque vayamos todos los del pueblo, aquí vivimos cuatrocientas veinte almas, somos demasiado pocos como para hacer eso. Sí, además nos van a mandar a la gendarmería como pasó en Cerro Lagarto la vez pasada. A eso sumale que hoy nadie sabe para qué se hacen los cortes, a nadie le importa. Ya dejó de ser una herramienta útil para los reclamos sociales; viste en televisión, solo pasan donde se corta pero nadie sabe por qué son los cortes, ya dejó de ser una noticia de interés. ¿Y si mandamos una carta al gobernador? Ni la va a leer, ni sabe dónde queda este lugar. Si lo supiera alguna vez habría venido para acá. Ni para las campañas políticas nos tienen en cuenta. Pero alguien tiene que hacer algo. Me parece que lo más sensato es irse de acá nomás. En definitiva hasta nuestras casas las hizo la empresa. Sí, es cierto, vivimos una ilusión como si fuéramos dueños de esto, pero solo somos títeres de una empresa a la que ya no le resultamos de utilidad.

6

Cuando el viento amaina, todo el mundo aprovecha para hacer las actividades al aire libre que habían quedado postergadas. Un matuasto al costado de una duna se escondía tras una mata de yuyo cuando sintió el ruido de los pasos que se acercaban.

—Che, ¿vos no crees que estamos demasiado tranquilos para todo lo que está pasando?

—No sé. Parece que todos esperamos que llegue alguna solución mágica —contestó Julián Tardini, que le seguía los pasos a Claudio con las cañas, la matera y el bolso de pesca en las manos.

—Para, teneme las cañas. —Y le dejó todo para que se lo tuviera mientras se iba a un costado del sendero.

—¿No querés que te lleve la cabeza? —preguntó mientras miraba a su compañero con bronca.

—Aguantame, que me estoy meando.

Con varios días de viento oeste las olas estaban calmas y eso era muy propicio para la pesca, aunque los pejerreyes no siempre estaban al tanto de la noticia.

Con las cañas apoyadas y las líneas en el agua, Claudio preparaba el mate y seguía pensando en voz alta.

—¿Y si le decimos al Enzo que llame a otra asamblea?

—¿Te parece? ¿No será mucha gente para que se debata algo o salga alguna idea en concreto?

—No sé, una ocurrencia. Pienso en voz alta, podríamos dividirnos en comisiones.

—¿Comisiones de qué? Ya lo dijo Perón: Si querés que algo no se haga, armá una comisión.

—Sí, tenés razón, es una huevada.

Julián comprobaba el estado de la carnada, que seguía intacta.

—Estas algas de mierda —dijo mientras desenredaba la puntera de una maraña de algas y esponjas que había traído la marea.

—No son todas algas, algunas son esponjas de mar y sirven para bañarse —anotó Claudio con aires de entendido en la materia.

—Lo que sea, estas te enredan todo y encima te sacan la carnada. Y yo me baño poco, y no pienso usar esta porquería para bañarme.

—Encima pesan como un zapato. No, me parece que enganché —dijo Claudio con resignación, mientras tiraba para cortar la línea.

—¿Y si mejor nos vamos? No pasa nada hoy.

—Sí, tenés razón, parece que los pescados también se enteraron de que se terminó el petróleo.

Volvieron hasta el auto de Julián, cruzando las dunas hasta la huella de ripio paralela a la playa.

Después de unos días de calma en el viento, con un poco de baja presión, las nubes cubrieron el pueblo. Ese domingo llovía en Caleta Delgada, pero la reunión en casa del Gordo no

se suspendía. Los tamariscos largaban la consabida sabia pegajosa que ahuyentaba a quien quisiera resguardarse debajo de sus ramas. En la puerta de la casa del Gordo el agua iba descubriendo y limpiando las hojas carnosas de uñas de gato que adornaban la base de los canteros de ladrillo.

Enzo estaba siendo el centro de las críticas debido al resultado de la penosa acción de los eruditos y la falta de propuestas por parte de la empresa, a lo cual se defendía esgrimiendo argumentos tenues que justificaban un poco el accionar de Surpetrol, pero sabiendo que en el fondo no había soluciones a la vista.

El galenso Austin apareció sin invitación, abrió la puerta de la verja. Golpeó la puerta, dudó un instante y entró.

—¿Se puede? Traigo algo de carne para sumar al asado.

—Claro, hombre, pase —dijo el Gordo con cara de por supuesto.

Claramente estaba sin tomar nada, evidentemente el episodio del gimnasio lo había movilizó profundamente. No se sabía bien si era por el hecho social o por haber tirado una petaca de whisky. Pero lo concreto es que no había vuelto a tomar desde ese día, y hoy se lo veía totalmente sobrio.

—Si no les molesta me quiero sumar de manera permanente al *staff* de la reunión, si quieren hasta podría hacer alguna comida galesa.

—Sí, sumate, galenso, no hay drama. Pero no vengas con huevadas, acá hacemos asado de vacío y costillas a principio de mes, falda a mediados y capón a fin de mes.

—Como gran variante, unos pollos al disco. Somos bien de acá y a mucha honra —agregó el Gordo Asencio, reafirmando la respuesta del Tolo.

—Todo bien, yo solo proponía para sumarme y aportar algo distinto. Yo como lo que venga, menos morcilla que me

da asco. Un día como hoy, de lluvia, sería una alternativa —cerró el galenso con aire de alivio y contento por la aceptación.

Claudio Domínguez, que seguía sumamente preocupado:

—¿Y vos, galenso? ¿Qué se te ocurre? ¿Qué podemos hacer?

—Yo ya les dije, hay que irse a la mierda de acá. Este pueblo no tiene destino; en realidad su creación es un error histórico —se apuró el Tolo a dar su postura, aunque todos en el pueblo ya la sabían.

—No sé, estuve pensando mucho y de eso precisamente quería hablar. Nuestras historias, nuestro pasado, el nacimiento del pueblo. Todos somos escapados de algún lado o hijos o nietos de alguien que se escapó de algún lugar en algún momento y conformamos esta comunidad, y además nos gusta como es. Por eso buscamos alguna salida. Hacer lo que dice el Tolo es fácil, pero aún seguimos pensado como remontarla, ¿no? —comentó el galenso, mientras se acomodaba los anteojos con el dedo índice.

Con aires de superioridad y levantando la barbilla, el indio Cafupán sentenció:

—Yo no me escapé de ningún lado, ni yo ni mis ancestros. Nosotros, mi raza y mi gente, ocupamos estas tierras desde hace siglos.

Claudio lo miró con detenimiento, cruzó los brazos y le contestó:

—Indio, no te hagas el boludo. Vos venís de Chushamen y saliste cagando cuando dejaste embarazada a la hija del cacique. Vos sos un fugado más igual que nosotros. Seguí, galenso. ¿Vos que proponés?

Juan no dijo nada, pensaba que ese problema en Cushamen era un secreto que alguna vez compartió con alguien. No se imaginaba que fuera *vox populi*. Tuvo la intención de retru-

car y aclarar que él no había sido el padre y que mantenía el secreto por cubrir a un hombre casado; pero una vez instalada la mentira socialmente, ¿qué sentido tenía intentar revertir esa situación? Optó por quedar como sinvergüenza mejor que como buen tipo dudoso.

—No sé, aún no se me ocurre nada. Solo pensaba en cómo es la conformación del pueblo. Es bueno mirar para atrás, ver la estela que vamos dejando y tener alguna idea de para dónde ir.

—Mirá, galenso, puede ser como vos decís, pero eso no nos soluciona nada. Lo único que tenemos es esta reunión de los domingos. Venimos todos y la pasamos bien un rato, nada más. Pero con eso no vamos a vivir —dijo Julián, con buena intención pero buscando profundizar el concepto o sacarle alguna idea.

El Galenso no era hombre demasiado comunicativo, como la mayoría de los descendientes de galeses.

—¿Y bueno, te parece poco? Por algo yo me sumé. La mayoría que vivimos en este paraje nos tenemos a nosotros mismos. Acá, viviendo con nosotros no tenemos parientes, más que nuestros hijos, los que tienen hijos chicos. Hemos desarrollado un culto a la amistad y es muy valioso.

—En algo tiene razón el galenso, todos estamos esperando el domingo para venir a encontrarnos y hacer honor a la amistad —apoyó Enzo, en tono dudoso.

Con actitud histriónica levantó la voz el Tolo:

—A ver, ¿qué vamos a hacer? ¿Alguna meditación de amigos o culto a la amistad? ¿Alguien nos va a dar plata por eso? ¿Encontraremos gente que quiera venir a comer asado, y jugar al truco y le cobramos por eso? Vamos, déjense de hablar pavadas.

—Tolo, tenés que reconocer que esto nos mantiene vivos. No sé si vamos a seguir acá o nos vamos a ir, pero el hecho de que te gusta esto tenés que reconocerlo —retrucó Julián.

—Tenemos la siguiente situación: somos una comunidad de gente que se fugó de algún lado y conformamos un buen grupo de amigos, no solo rste, hay varios grupos similares en el pueblo. —Retomando la idea continuó el Galenso.

—¿Bueno, y...? ¿Alguien nos va a pagar por hacernos amigos? ¿Lo disecamos al indio y lo vendemos? «Agregue agua y tenga su amigo indio instantáneo». —Tolo comenzó a restarle importancia a la discusión.

—Miren la tapa del diario, yo sigo pensando en los dinamarkeses que se suicidan, se ve que no tienen ni una reunión de asado como nosotros. ¿No es así? —Era difícil interpretar en Juan alguna intencionalidad en su mirada, ya que siempre tenía una expresión inquisidora en la misma.

A Enzo Valle se le iluminó el rostro, apoyó ambas manos en la mesa y se paró de golpe:

—¿Ven? Ahí está. Es claro. Tenemos lo que esa gente necesita. Es evidente que esa gente se aburre o no tiene por qué vivir, nosotros tenemos lo que a ellos les hace falta. Tenemos la sal de la vida que ellos no poseen.

Mezclando la ensalada retrucó el Tolo:

—¿A ver? ¿Qué proponés? ¿Que les vendamos amistad, les enseñamos a jugar truco? ¿Y cómo nos salvamos nosotros? Ya estás hablando pavadas de nuevo como el grupo de eruditos que vino.

El galenso seguía la exposición de Enzo con suma atención:

—No, Tolo, escuchalo al Enzo. Yo no la veo, no entiendo la jugada. Pero escuchémoslo que le brillan los ojos, algo bueno se le ocurrió.

Enzo Villa ya se había sentido un poco más tranquilo, no solo por tener una idea de salida para el pueblo, sino por el hecho de que el mismísimo galenso lo estaba respaldando, aún sin saber exactamente su propuesta; eso ya era valioso, teniendo en cuenta la admiración intelectual que le generaba Austin.

—Hagamos un racconto de nuestra charla de hoy: somos un grupo de fugados, venimos a parar aquí, un lugar inhóspito perdido de la mano de Dios y la civilización. Sin embargo, nos armamos una costumbre basada en un par de cosas cotidianas que nos nutren, nos mantienen unidos y vivos. Todos sabemos nuestros defectos y nuestras miserias, sin embargo nos seguimos convocando cada domingo; llueva, truene o haya mar de fondo. Esto pasó a formar parte de nuestra cultura y somos capaces de seducir a otras personas. Vos, galenso, no andabas borracho las 24 horas hasta la asamblea y hoy viniste sin tomar alcohol. ¿Qué esperabas encontrar acá?

—¿La verdad? Nada, todo. ¡Qué sé yo! Me parece que si hay alguna salida va a salir de este grupo o de alguno de los grupos de asado o fulbito que se juntan los domingos. Me parece que tenés razón en lo que estás diciendo y eso me entusiasma. Quiero seguirte la idea aunque no sé bien a qué apuntas finalmente.

—Yo creo que esto que vos decís tiene alguna relación con la noticia de Dinamarca que decía el diario. Nosotros no tenemos de qué vivir, pero tenemos un porqué; y ellos tienen de qué vivir pero les falta el para qué —dijo Juan Cafupán, en un arranque de verborrea que sorprendió a todos.

—Está bueno eso, pero deberíamos consultarle al turco, que viajó para allá y conoce —acotó Julián Tardini.

—Turco, vos que estuviste en Dinamarca, ¿cómo es allá? ¿Cómo viven?

El turco, jugando con su espesa barba, pensó un instante:

—Mirá, son gente normal, como nosotros. ¿Qué querés que te cuente?

—¿Qué se yo? ¿Cómo es la vida allá? Se suicidan, tan bien no están, ¿no?

—Mirá, yo fui solo para un curso. No hablé mucho con la gente. Yo hablo inglés y el curso se dio en inglés, pero entre ellos y la gente en la calle hablan danés. Digamos que no me comuniqué mucho con nadie de ahí. Hablaba más con otro chato como yo que fue de Río Gallegos.

—¿Hace mucho frío?

—Sí, no te das una idea del frío que hace. Además tienen pocas horas de luz, no es como acá. La gente está siempre adentro, afuera la nieve y el hielo son algo serio. Tienen todo calefaccionado, pero igual en algún momento tenés que salir y hace un frío de locos.

—Y, decime: ¿cómo ves vos la idea de ir para allá? Digo..., la idea del Enzo y los otros de ir y llevar la costumbre nuestra de hacer asado y esas cosas.

—Mirá, no es por pincharle la idea a nadie, pero creo que no tenemos mucho que enseñar a los daneses. Allá tienen todos los problemas resueltos, son una sociedad mucho más avanzada que la nuestra. No solo en lo económico, socialmente. Son todos amables, altos, lindos, y las minas, no te das una idea de las mujeres. No me dio pelota ninguna, pero no dejan de ser muy lindas.

7

Sobre el final de la calle paralela al mar vivía Nobuhiko Araki, al pie de la loma norte donde estaba el tanque de agua y el generador eléctrico, en una pequeña casita junto a su esposa Solange Curaqueo y sus dos hijos varones, los dos pequeños con claros rasgos distintivos del cruce de las razas de sus padres, rara mezcla de mapuche y japoneses. Había llegado al pueblito como técnico en telecomunicaciones para hacer la instalación de la antena de radio, pero después negoció un puesto de menor remuneración a fin de quedarse con su amada. Habían tenido los hijos ahí mismo y los pequeños eran de los pocos exponentes originarios de Caleta Delgada. Preocupado por la situación laboral, se había comunicado con su madre y su hermano en Japón para manifestarle la problemática surgida por la terminación del petróleo y la incertidumbre que dicha situación generaba en la vida familiar. Pero fue su primo hermano Tokunobu, que trabajaba en el gobierno central de Japón y se ocupaba de la administración de tierras fiscales, quien le mandó la oferta de instalación de un cementerio en los terrenos aledaños a Caleta Delgada. Es sabido que los japoneses

tienen dificultades de desarrollo territorial debido a la escasez de tierras para vivienda, y más aún para la disposición de sus difuntos. La oferta estaba asociada a una cantidad mínima de empleos permanentes pero muy bien remunerados, ya que se apuntaba a un cementerio vip y el mismo incluiría administración, riego, jardinería y limpieza permanente además de los oficios obvios de enterrador y cuestiones religiosas que deberían aprenderse.

La idea lo sorprendió al igual que a su esposa la bella Solange, pero cometió el error de compartirlo en confianza en el mercado con el Ruso Ressel. El ruso no era mal tipo, a pesar de su aspecto desgredado, siempre despeinado y poco afecto al aseo personal. Sin embargo rápidamente se dedicó a difundirlo en una versión reducida a quien viniera a comprar y velozmente la alternativa japonesa cayó en desgracia. «Encima que es un pueblo medio muerto vamos a traer muertos extranjeros, solo eso nos faltaba». «¡Qué barbaridad! ¿Usted se imagina? Mirar a la loma y ver todas cruces, un horror».

Simultáneamente habían llegado los rumores de lo acaecido en Gastre respecto a un basurero nuclear y que se había dejado la iniciativa por la presión de las organizaciones ambientalistas. Sin embargo había opiniones que favorecían traer dicha idea al pueblo, dado el estado desastroso en que habían quedado los campos después de años de explotación petrolera, y lo veían como una oportunidad económica.

En la semana se seguían produciendo varias reuniones pequeñas del grupo de los asados en casa del Gordo, pero en cualquier lugar y situación. Así que Enzo Valle convocó a unas pizzas para el jueves en su casa, no aguantaba esperar al domingo.

—Muchachos, sé varias cosas: se siguen haciendo charlas y la idea de ir a Dinamarca pegó bien. Ya sé que varios piensan

que es una huevada más, otros que es imposible; sin embargo, creo que las grandes ideas devienen en grandes empresas y que sin una cuota de locura y osadía no vamos a llegar a ningún lado —comenzó Enzo Valle mientras gesticulaba con una porción de pizza.

—Aclárame un poco —dijo el Tolo—. Sé más preciso. Concretamente, vamos a Dinamarca. En principio decime, ¿cómo vamos a llegar? Al menos yo no sé ni dónde queda. Ponele que sí, llegamos. ¿Y? ¿Qué hacemos? ¿Qué formamos, un culto, un virreinato, un club?

—Eso tenemos que definirlo entre todos los que estemos dispuestos a encarar esto. Ya sé que no todos van a ir ni se van a prender en la idea. Como siempre, habrá quienes se borren por distintos motivos, pero mi idea es formar una colonia de argentinos patagónicos allá.

Algunos rostros fueron pasando de la intriga al asombro y asintieron. El Tolo pasó del desconcierto a la risa, justo cuando estaba tomando un vaso de cerveza.

—¿No podrías haber esperado a que tome la cerveza? Me hiciste ahogar. —Y seguía a las carcajadas.

El galenso Austin se servía un vaso de gaseosa con calma.

—En principio la palabra colonia me suena a colonización y no me agrada demasiado.

—Yo creo en armar una pequeña comunidad como la que tenemos acá, repetir nuestras costumbres y salir a difundirlas entre la gente de allá. En cierta forma es una especie de colonización, pero solamente cultural. Nuestras costumbres son buenas y estamos convencidos de eso. ¿Acaso Cristóbal Colón no trajo su cultura y sus creencias y las difundieron acá? Ustedes los galensos, ¿no trajeron sus comidas, tortas y esas cosas?

—Yo preferiría llamarlo asentamiento o comunidad —contestó el galenso.

—Perdón, pero están hablando de Dinamarca como si fuera acá a la vuelta, un viajecito nomás. ¿Alguna propuesta de cómo llegar? —preguntó Julián sin mucha convicción por la idea.

Al Gordo le preocupaba la gastronomía:

—Supongamos que nosotros podamos llegar. ¿Y la carne para el asado? ¿Allá sabrán hacer los cortes de carne para asar?

—¿No me estarán haciendo demasiadas preguntas de algo que tenemos que construir en conjunto? —se defendió Enzo Valle, y continuó—. Yo me animo a llamar a una asamblea y proponer la idea, a ver quién se suma. Además he escuchado rumores de que algunas otras ideas andan deambulando por el pueblo.

—Yo que vos, si voy a hacer eso, me conseguiría un casco y algún escudo. Si no, preguntale a los de la Universidad cómo les fue con su propuesta.

—Esto es distinto, esta idea es nuestra y para realizarla nosotros mismos.

—¿Y si te hacen las mismas preguntas que nosotros? ¿Qué les vas a contestar? Nosotros te escuchamos porque somos tus amigos.

—No soy el dueño de todas las respuestas, habrá que hacerse cargo y buscar las soluciones en conjunto.

Enzo Valle convocó a una nueva asamblea. Esta vez la convocatoria ya no fue tan concurrida. Algunos ya habían tomado la decisión de irse del pueblo y tomar una alternativa individual; sin embargo, la mayoría asistió, más por curiosidad que por que tuvieran esperanzas.

Esta vez se habían dispuesto las sillas en cinco círculos concéntricos, dejando libre el espacio central; lo habían estudiado en conjunto el galenso junto con Enzo, querían tener todos los detalles cubiertos a fin de llegar a buen puerto con

su propuesta. Ubicar las sillas de esa forma no daba autoridad a quien estuviera hablando y ponía a todos los asistentes en un pie de igualdad. Se pretendía recrear una asamblea lo más horizontal posible. Al fin y al cabo no tenían una propuesta acabada para presentar, era solo una intención, una idea pero que aún no tenía forma.

Los asistentes fueron llegando y se notaban las caras de desconcierto ante la ubicación de las sillas. De a poco se fueron ocupando primero las sillas más alejadas, a nadie le agrada la exposición.

Comenzó a exponer Enzo Valle la idea de formar un asentamiento en Dinamarca, al cual llamó lisa y llanamente colonia. Su ritmo era pausado, en esta ocasión el galenso Austin iba haciendo aportes y contribuciones sin interrumpir, parecía como si la disertación hubiera estado ensayada de antemano, tratando de demostrar elocuencia y minimizar los rasgos delirantes de la idea.

Luego de un respetuoso silencio, también expuso Nobuhiko Araki sobre la propuesta que su primo le había enviado para llevar a cabo el cementerio japonés. Luego, viendo que cada uno exponía lo que se le daba la gana, tomó coraje el Ruso Ressel e hizo suya la idea del basurero nuclear.

El debate se llevaba en términos cordiales pero sin demasiada coherencia. Inicialmente iban surgiendo opiniones a favor y en contra de cada una de las propuestas, pero se fue transformando en una disputa por la definición de los futuros de la comunidad. Hasta se quiso poner a votación las distintas alternativas.

Desde la última fila se levantó Javier, el enfermero, y desde su metro ochenta y siete alzó la voz:

—Yo no pienso estar con mi hija y mi señora viviendo en un cementerio ni esperando a contaminarme de radioactividad.

Siendo la voz más autorizada para hablar de salud en la comunidad, se lo siguió escuchando con bastante atención.

—Creo que se está mezclando todo. No podemos estar votando ya que estamos definiendo el futuro del pueblo pero poniendo perspectiva de desarrollo personal. Creo que las dos alternativas de quedarse tienen poco que ver con lo que ha sido este pueblo hasta aquí, pero la alternativa de embarcarse e ir a Dinamarca es una decisión bastante jugada. En lo personal pienso volver a Santiago de Estero con mis padres.

Esto echó un leve manto de claridad sobre la discusión y estableció una especie de orden, donde las dos propuestas de quedarse quedaron descartadas. El basurero nuclear, debido a cuestiones de salud, y el cementerio japonés por razones más relacionadas con el buen gusto, y además se versaron argumentos referentes a la soberanía nacional y cosas de este tenor.

De ese punto de la charla en adelante se empezó a valorizar la propuesta que traían Enzo y el Galenso con más atención:

—Sí, sí, ya sé que les resulta un delirio. Pero estamos convencidos que es una salida a fin de mantenernos unidos; es una forma de hacer tributo a nuestros orígenes —contestó Enzo Valle—, el señor Austin les va a explicar mejor al respecto.

Y dio lugar a que el galenso se explayara sobre el origen de los habitantes, sus elementos en común y los factores de relación social que avalaban la propuesta; el concepto de fugados, y cómo se iba a perpetuar ese concepto; la necesidad de mantenerse unidos como grupo, como gran familia, que si bien no todos eran amigos entre sí, mantenían ciertas costum-

bres y ritos que los hacían mantener hábitos y ritmos de vida similares.

—Esto es reconocernos como somos, nuestros orígenes, enorgullecernos de ellos y hacernos cargo de lo que somos. Luego, tomando esto como una característica que nos distingue y nos enaltece, creo que se hace necesario empezar a difundir nuestra cultura en otros horizontes. —Austin hizo una pausa, limpió sus anteojos y siguió sin alterarse como era su costumbre—. ¿Acaso varios de ustedes no han recibido buenas ofertas laborales que fueron rechazando por quedarse aquí? ¿No han privilegiado la permanencia en este pueblo a pesar de todas las contrariedades que conlleva vivir en estas tierras? —preguntó el galenso como parte de su exposición.

—Disculpe. En mi caso debería pensarlo bien y charlarlo con la almohada. Pero, en el caso que fuéramos, ¿cómo vamos a llegar allá?

Ahí fue cuando retomó Enzo el uso de la palabra.

—Es obvio que es una idea que aún está en pañales. La idea en construir este proyecto en conjunto desde las nacientes, que todos los que nos sumemos seamos parte, no solo partícipes del proyecto, sino también de la construcción de la idea, las dificultades, sortear los obstáculos y las satisfacciones, por supuesto.

—Una idea, no sé si es pertinente, pero ya que la empresa nos deja sin alternativas en este lugar, ¿no sería bueno que nos dé una mano en el proyecto?

Se escuchó una voz de las últimas filas.

—Si la empresa lo avala, cuenten conmigo.

—Hay que saber qué opina la empresa.

—Se lo voy a plantear a la empresa, pero necesito el aval de al menos un grupo firme de ustedes —dijo Enzo Valle, esta vez con más confianza.

Y algunas voces más se sumaron públicamente a la idea, lo cual dio un respiro a los expositores.

Un signo de pregunta en los rostros fue el rasgo distintivo de los pobladores que se retiraban de la asamblea rumbo a sus casas. El debate continuó en las calles, en las casas y cuanto lugar de reunión se producía.

También había quedado en claro que existía un paternalismo muy grande respecto de una empresa que solo era lo que es, una empresa, y que en última instancia estaba para hacer dinero y no para ocuparse del futuro de los habitantes de un pueblo perdido. Sin embargo persistía la imagen paternalista, sobreprotectora.

El galenso iba llegando tranquilo a la casa del gordo antes del mediodía en un domingo soleado, pero le llamó la atención no ver el humo del tradicional asado.

—¿Qué pasa? ¿No se hace el asado hoy?

—Ah, no, para hoy tenemos una *delicatessen*. El indio salió a cazar y tenemos milanesas de guanaco.

—Pero ¿no era que no se aceptaban innovaciones en el menú?

—Pero esto es algo especial, no podemos planificar mucho tener carne de guanaco. Pero cuando hay tenemos que aprovechar.

—Che, ¿pero no está prohibida la caza?

—Qué sé yo, lo que sí sé es que son plaga. Si no, fíjate sobre ruta tres como se te cruzan en la ruta.

—Sí, es cierto, la vez pasada se hizo pelota una familia con un auto que se tragó uno que cruzaba.

—¿Qué opinan de la asamblea? Salió bárbaro, ¿no? —abrió la charla Enzo.

—Sí, demasiado bien. Esto implica una responsabilidad muy grande —contestó el galenso—. Despertamos a la bestia.

El pueblo en su conjunto esperaba alguna salida por parte de la empresa, pero ahora somos nosotros quienes cargamos con cierta responsabilidad. Aunque quedó claro que es una iniciativa que debe llevarse a cabo en conjunto y afrontarse de manera grupal.

—¿Cuándo vas a llamar a la empresa? ¿Estás listo para que te manden a freír churros? —interrogó el Tolo, con una sonrisa.

—Mañana lunes los estoy llamando. Pero deberíamos definir un par de cosas. Una: ¿Qué hacemos ante una negativa? Un plan B. Y otra es qué les vamos a pedir concretamente. —Enzo pensaba en voz alta.

—Yo creo que deberíamos definir el qué pedirle, si hay un NO rotundo, habrá que analizarlo después —contestó el galenso.

Se hizo un pequeño silencio como si estuvieran haciendo una meditación Zen. Si era por pedir no había límites, pero ya sabían que algo había aportado la empresa y que los aportes no iban a ser infinitos.

La necesidad de pedir un barco no solo para llegar a Dinamarca, sino también para llevar el ganado necesario para empezar a hacer un asentamiento, siguieron en la profundización de la charla. Siempre con aportes con desalentadores del Tolo y preguntas al aire o directamente a Enzo. La necesidad de contar equipamiento necesario para hacer un viaje seguro (en especial Julián Tardini, quien estaba sacando la cuenta de que era el único de la reunión, que estaba dispuesto a sumarse y que tenía dos hijos pequeños a cargo y que su riesgo en la aventura tenía ribetes distintos al resto de los comensales). A lo que Enzo contestaba reiteradamente que dependía de una charla con la gerencia de la empresa y trataba de recalcar la

necesidad de ponerse el proyecto al hombro y traccionar todos juntos, en lugar de plantear demandas o dudas inconclusas.

—Será un tema más para plantearle a la empresa. Total, ya que pedimos, pidamos un barco con alguien que lo maneje —cerró Enzo mientras revisaba el mazo de naipes—. ¡Che, falta el siete de espada!

Al día siguiente del almuerzo de guanaco, Enzo llamó al gerente de comodoro y le planteó las demandas necesarias para llevar a cabo el proyecto de fuga. Pasado el momento de la sorpresa, el gerente debió hacer grandes esfuerzos por contener la risa y los nervios que le causaba dicha comunicación y ya iba adivinando lo que le esperaba al intentar explicar la situación a su superior en Buenos Aires. Escuchó atentamente y tomó nota de las demandas recibidas por parte de Enzo Valle, sabía que debía mantener un muy buen diálogo a fin de minimizar el riesgo de manifestaciones o acciones extremas que pudieran perjudicar a la empresa.

Finalizada la comunicación, el gerente de Surpetrol llamó a una especie de reunión ampliada en su despacho con suma preocupación. Nunca se hacían ese tipo de reuniones, ya que era un hombre grande y pensaba que la jerarquía dentro de la empresa hacía funcionar las cosas por los carriles establecidos y debía seguir siendo así, no porque estuviera escrito, sino más bien por costumbre. Si bien la innovación no era su fuerte, en esta ocasión se sentía totalmente desbordado.

—Quiero que me ayuden a pensar. ¿Cómo le planteo al Ingeniero Rodolfo en Buenos Aires lo de Caleta Delgada?

—Lo van a tomar por loco —aportó la secretaria—. Jefe, si le sirve de respaldo, nosotros lo bancamos en una teleconferencia donde aparezcamos todos.

—No hable ridiculeces, esto no es un mitin político como para hacer eso. Pero quiero que me ayuden a pensar.

—Disculpe, pero solo planteé la verdad como es: sencillito y de alpargatas —acotó el informático, que hacía seis meses que estaba en la oficina, sonrojándose al hablar.

Lejos del viento, del frío, en un clima absolutamente distinto al que se vivía en Caleta Delgada o en Comodoro Rivadavia, las oficinas centrales de la gerencia de Surpetrol se emplazaban, por varios motivos, entre otros el de no tributar en la Patagonia, en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Oficinas amplias, con sus paredes en una combinación de colores pastel, lucían una terminación salpicada que brindaba una sensación cálida y acogedora en su interior, las ventanas revestidas con una lámina traslúcida que rechazaba los rayos ultravioleta, y amueblamientos terminados con gobelino inglés combinado con cuero, se diría que era un lugar bastante agradable para trabajar, o al menos para controlar cómo trabajaban a la distancia.

Los tacos no suenan sobre la alfombra mullida, de forma que el Ingeniero Rodolfo no escuchó que se acercaba la secretaria, mientras él observaba por la ventana el tránsito de la 9 de Julio cuando pensaba en el cierre de la cotización de las acciones el viernes anterior, como si el hormigueo de autos fuera a darle alguna respuesta.

—Señor, de la gerencia de Comodoro Rivadavia.

Recién ahí, se percató de que no se había vuelto a poner los zapatos y los había dejado debajo del escritorio de roble antiguo.

—Sí, sí, eh, comuníqueme urgente. Eh..., los zapatos —balbuceó medio trabado—. Vaya, vaya.

—Señor, buenos días. No sé cómo empezar ni cómo empezó, pero en Caleta Delgada se volvieron locos. No sé si es un brote místico o qué les pasa.

—Bueno, bueno, cálmese. Cuénteme despacio que estoy tranquilo para escucharlo.

—Parece que se quieren ir a Dinamarca, hablan de conquistar Dinamarca, de hacer una colonia argentina allá, de irse en un barco y quieren que les ayudemos a comprarlo. ¡Enloquecieron!

—A ver, vamos por partes: ¿Necesitan un barco? ¿Y ellos qué hacen?

—Se van en el barco a Dinamarca.

—¿Y desocupan sin poner resistencia?

—Aparentemente sí.

—¿Solo piden un barco? ¿Y qué más?

—Solo quieren un barco, unas vacas, víveres y unos guanacos y cosas así para hacer el viaje.

—Es usted un genio, no sé cómo lo hizo. Le conseguimos un barco, equípelo completo y asegúrese de que no vuelvan. Tiene los fondos que necesita para eso. ¡Genio! ¿O sea que ya nos sacamos ese problema de encima?

—Pensé que me iba a decir que es una locura, yo no entiendo qué pretenden.

—Escúcheme: ¿Qué diablos nos importa lo que vayan a hacer, dónde vayan o a qué vayan? Se van de manera pacífica, no hay piquetes, no hay cortes de ruta ni cubiertas quemadas. Las acciones siguen su curso en la bolsa, y puedo anunciar el nuevo yacimiento. ¿Qué más quiere?

—Eh, está bien, si usted está de acuerdo...

—Por supuesto. Usted se va a tener que quedarse a garantizar que no les falte nada hasta que se vayan. Pero asegúrese de que se vayan y no haya manifestaciones ni movidas sociales, que no les falte absolutamente nada. Nuevamente lo felicito. Eso sí, sin prensa, si no vamos a tener que comprar

barcos o una nave espacial cada vez que cerremos un yacimiento. ¿Entendió?

—Sí, sí, entendí perfectamente. Bueno, señor, lo sigo manteniendo al tanto por mail. Gracias.

Después de colgar el teléfono, el Ingeniero Rodolfo hizo un gran suspiro con los ojos cerrados. Se recostó en su sillón mullido y levantó los pies sobre el escritorio. Pulsó el intercomunicador y dijo:

—Señorita, llame al chofer. Me voy a jugar al golf el resto del día. Usted también tómese el día libre, esto es para festejar.

En Comodoro, finalizada la comunicación con Buenos Aires, reinó el desconcierto y el alivio, que a pesar de no ser de responsabilidad más que del gerente lo socializó con los empleados, teniendo en cuenta que ya los había participado de la preocupación antes de la charla con la gerencia general.

Además de tocarle una tarea de la que no tenía idea de cómo llevarla a cabo, ni cómo prepararla y, aún más, debía disimular su verdadera idea acerca de que habían enloquecido.

—Señores, mañana partimos a Caleta Delgada y nos instalamos por tres días allá.

—¿Todos? ¿Yo también? —dijo la joven de la limpieza acomodándose la cofia.

—Sí, sí, todos. Tenemos que darle una mano a esa gente, creo que están locos, pero tienen prohibido decírselo. Hay que apoyarlos en su empresa. En especial usted, Ramírez, van a necesitar una buena orientación en logística.

8

El sol de la mañana reflejaba sus rayos sobre los cantos rodados mojados en la playa con la bajamar. Las gaviotas aprovechaban para comer los restos que traía la resaca de la marea, mientras el viento levantaba una breve cortina de arena sobre la restinga.

En un departamento en Caleta Olivia, el capitán Atilio Piedrabuena miraba televisión desde su sillón descansando. Desde hacía tiempo pensaba en qué hacer de su vida, cuando se retire del trabajo. Le faltaba poco más de un año, después de haber navegado toda la vida y en los últimos tiempos solo para la empresa Surpetrol. Conocía todos los barcos de la flota y las rutas marítimas de memoria.

—¿Señor Piedrabuena?

—Sí, él mismo habla. ¿Quién es?

—Le habla el gerente de la regional Comodoro, de Surpetrol. Buenos días. Tengo que hacerle un encargo muy especial.

Siempre la comunicación de los destinos la hacía el responsable de logística, o en ocasiones el encargado de recursos

humanos, nunca lo había llamado el gerente en persona. Esto lo hizo levantar del sillón y tratar de prestar mayor atención al llamado. Tomó una birome y papel para anotar.

—Bu..., buenos días señor, lo escucho perfectamente.

—Hay que hacer un trabajo especial y delicado. Tiene que preparar el *Santa María del Sur* para hacer su último viaje.

—Perdón, ¿pero ese barco no estaba para desguace?

—Sí, ya sé, pero le vamos a asignar una última tarea y queremos que lo haga usted. Es una tarea delicada, en especial por la carga que debe llevar.

—¿Qué es?, si puedo saber; intuyo que no es petróleo.

—Exacto, va a llevar pasajeros, que harán las veces de tripulación. Además bultos, ganado y cosas así. Nada demasiado pesado.

—¿Ganado? ¿Gente? ¿Y cuánto tiempo? ¿Cuándo sería la vuelta?

—Ese es otro temita. No está previsto que el barco vuelva. Sabemos perfectamente que usted está pensando en su retiro y que no tiene familia a cargo. Por otro lado es el capitán con mayor experiencia en la empresa, queremos que en este viaje no vaya a fallar nada.

—Pero mi *brevet* no me habilita para llevar pasajeros.

—No se haga problema, no son turistas, son empleados de la empresa.

—Pero adaptar el barco para ganado ¿no será mucho trabajo?

—Eso es lo de menos, tiene tiempo para hacerlo y los recursos que necesite.

—Tendré que capacitar a la tripulación, no sé si usted sabe, pero siempre navego con Louis Lajonquiere. Me gustaría que fuera, y si es posible que me ayudara con la capacitación.

—No es problema, cuente con eso.

—Bueno, bárbaro, ¿cuándo empiezo?

—El resto lo arregla con Ramírez, como siempre.

Louis Lajonquiere, el «loco Luí» supo tener, en su país natal, un amor no correspondido en su juventud que nunca pudo superar. Esto lo había convertido en un tipo de trato hosco y solitario. Daba la impresión de no tener miedo a nada, ni sentimientos, un tipo temerario. No se le conocía familia alguna, ni ataduras de ningún tipo. Su único capital era su moto, la que cuidaba y veneraba, cuando no estaba navegando. Al no tener obligaciones familiares dedicaba su vida a navegar, y por ese motivo era uno de los marineros con más millas navegadas dentro de la empresa. El dinero había dejado de ser la motivación principal en su vida, ya que el tiempo que no estaba en el agua debía afrontar la soledad. Se aferraba a su moto, que no le hacía preguntas y era un compañero fiel, junto al whisky y el tabaco.

—Hola, Luí, tenemos trabajo.

—¿Dónde, jefe?

—En Caleta Delgada.

—¿Dónde?

—Sí, sí, en Caleta Delgada. Pero es un trabajo especial. Hay que modificar el *Santa María del Sur* para hacer un último viaje largo y tenemos que capacitar a la tripulación.

—Ah, pero vamos a estar un buen tiempo en tierra, y no me gusta mucho eso.

—Sí, ya sé. Pero tenemos la oportunidad de armarlo como queramos y formar a la tripulación a nuestro gusto. Siempre soñamos con eso.

—¿Cuál es el puerto de destino?

—Esbjerg, en Dinamarca. Ya sé que es lejos, pero podemos hacerlo.

—¿Y la vuelta? ¿Qué traemos?

—Ese es otro tema, me parece que solo es un viaje de ida.
No hay vuelta.

Louis tardó un poco en contestar, negarse era una señal de debilidad que no estaba dentro de sus parámetros de conducta: «¿Usted dice que me lleve la moto?».

—No sé, Louis, esa ya es decisión tuya.

9

El sol de media mañana salió fuerte, acompañado de una brisa caliente del norte. Una bandada de pájaros cruzaba la ruta con rumbo perdido. A ocho kilómetros del pueblo, ya sobre la meseta, tomando un sendero angosto, se encontraba un rancho con un puestero. Hombre solitario con la piel curtida por el sol y el viento sin resguardo. Uberlindo Millaqueo, «El Milla», acompañado de sus dos perros, hacía su ronda acostumbrada siguiendo los alambrados del campo de la familia Urizagarreta. Su padre había sido puestero del mismo campo, antes de la llegada del petróleo, y él heredó el trabajo. Cuando era joven recorría esos mismos alambres mirando y controlando la majada, ahora solo veía los alambres y las bombas de extracción de petróleo en su monótona oscilación. Hacía muchos años que los dueños del campo debieron haberlo despedido, pero lo conservaban solo por costumbre de verlo ahí; venían de Buenos Aires una vez al año y él les pasaba el parte de las novedades que veía. Sus recuerdos de señaladas, marcación y arreos pasados ocupaban su mente. A veces se paraba mirando un sector sin actividad petrolera e imaginaba ovejas

pastando y se veía a sí mismo esquilando; sin dejar de preguntarse si aún podría volver a hacer aquella tarea con la que se crio. De vez en cuando se iba hasta un campo, haciendo veinte leguas a caballo, solo para participar y ayudar en una señalada; luego volvía añorando todo ese clima generado en derredor del fogón y los asadores plantados.

Vio de lejos acercarse una nube de polvo, demasiado grande para un caballo y sobrada para un coche. Detuvo el caballo y esperó para ver de qué se trataba.

La moto negra imponente frenó cerca del alambrado. Le llamó la atención su atuendo; campera y pantalón negros con botas negras, pero lo que más le llamó la atención fue el caballo largo recogido dentro de la campera al sacarse el casco.

—Buenos días. ¿Hay alguna arboleda o algo donde guarecerme del viento para descansar un rato?

—Sí, acá nomás. Una legua a lo sumo, después de la curva grande pasando la derechura antes del puente tiene una alameda chica.

—Bárbaro, gracias.

Se puso el casco y siguió su camino, perseguido por los perros que ladraban a rabiar.

Milla volvió a colocarse la boina mientras veía alejarse al motociclista y entretanto pensaba: «Un par de leguas más y llega al pueblo, pero no me preguntó eso. Bueno, él sabrá...».

Al llegar al lugar indicado, el motociclista se detuvo, observó unos pequeños álamos que aún se sostenían del viento gracias a los tutores, y resolvió que no valía la pena, y continuó su marcha hacia el pueblo. Pasando las dos curvas en bajada llegó al pórtico que decía «BIENVENIDOS A CALETA DELGADA». Desde la entrada, que estaba elevada respecto del pueblo, podía observar todo el caserío: la loma sur con el tanque de acumulación de petróleo casi en línea con el pe-

queño muelle. Las casas no estaban juntas sino que eran núcleos habitacionales separados por varios metros de distancia, solo sobresalían el campanario de la iglesia con techo a dos aguas y el salón de usos múltiples de la escuela, que además del tamaño, llamaba la atención por un color verde loro bastante discordante con el resto del paisaje. Parado en ese lugar se imaginaba los meses un poco aburridos que estaban por venir.

10

La charla en el asado dominguero giraba en torno a la suma de voluntades y calcular lo mejor posible las distintas dificultades que tendrían que sortear. Entre otros temas, Enzo y Julián plantearon la inquietud de sumar al Capitán y a Louis a la propuesta. La discusión giró en torno a la pertinencia o no de ese convite, ya que tanto Louis como el Capitán no eran parte del grupo humano. Por un lado estaba la conveniencia de que se sumaran a todo el proyecto, pero por el contrario la incorporación les quitaba protagonismo y les proporcionaba algún grado de inseguridad. Luego de varios argumentos donde todos emitían opiniones a favor y en contra decidieron hablar con ellos, sin definir demasiado los límites de la invitación.

Las tareas de adaptación del *Santa María Sur* se habían organizado con la dirección del capitán Piedrabuena durante el día, por la tarde seguían las tareas de capacitación a cargo del mismo capitán, Louis Lajonquiere trabajaba a la par del resto, pero siempre era materia de consulta en todas las tareas. Respecto de la capacitación, Piedrabuena se ocupaba de

la teoría, mientras Louis se encargaba de la parte más práctica del asunto.

El capitán y Louis compartían un cigarrillo sentados al costado del muelle.

—¿Cómo los ves vos?

—No son pibes como para empezar a aprender, pero le ponen mucho empeño. Parecen motivados por un objetivo superior. No les importa hacer lo que sea, ni tampoco quedar en ridículo con una pregunta.

—Sí, yo también lo veo. Me gustaría interiorizarme mejor acerca de sus planes.

—A simple vista parece una pavada, un delirio colectivo, una *veritable* locura.

—Sí, pero se ve que a ellos les alcanzó para tener un entusiasmo increíble.

—Es cierto, yo no sé, a ver si me contagian. Ya me dicen loco, falta que me sume a esto y me ponga a arrimar el bochín con fugarme o no sé qué.

—Me parece que le voy a pedir al señor Valle una charla más tranquilos.

11

Se trabajaba sin descanso todos los días, pero los domingos en casa del Gordo Asencio seguían siendo sagrados.

—Hoy pusimos más carne porque tenemos invitados —dijo Enzo Valle mientras trenzaba los chinchulines que faltaban.

—¡Así no, boludo! Tienen que estar más apretados.

El Gordo le arrebatava los chinchulines. Eran amigos, pero el Gordo tenía su territorio y no le gustaba que nadie se metiera en sus menesteres.

—¿Y quién más viene? Si se puede saber.

—Invité al capitán Piedrabuena y al loco Luí. ¿Vieron que la vez pasada hablábamos de invitarlos?

—Sí, pero no decidimos nada —contestó Julián Domínguez, un poco enojado.

—Claro, pero fue el capitán quien me pidió venir. Quiere interiorizarse mejor a cerca de lo que queremos hacer.

—¿No le explicaste vos que nos tiene que llevar el barco hasta Dinamarca?

El galenso Austin ahora llegaba con una botella de gaseosa en la mano.

—Sí, pero me parece que está interesado en saber la idea completa. ¿Sabían que ni el capitán ni el loco tienen familiares?

—¿Y eso que tiene que ver?

—No sé, puede que les interese la propuesta. Veremos, por suerte vino el galenso, que la tiene más clara en cuanto a los orígenes históricos del pueblo y la cuestión más conceptual de la cosa.

Bárbaro, pero ellos no son del pueblo.

—Tal vez sean fugados de algún lado, quién sabe. En realidad si hilamos finito, ¿quién se salva en este país del mote de fugado?

En ese momento llegaron el capitán y Louis, con botellas en la mano: dos vinos y una botella de whisky importado.

—Los estábamos esperando, pasen y siéntense.

—Lo único es que se va a complicar un poco para el truco, pero ya nos vamos a arreglar.

Enzo empezó a explicar una vez más todo el proyecto, desde sus orígenes. Después le dio paso al galenso para que explicara los fundamentos históricos respecto de la idea de fugados que los convocaba.

—Pero, si es por eso, yo también soy un fugado. Me la he pasado toda la vida embarcado. Con mi laburo perdí la familia completa, mis hijas ya son grandes y no me dan bola. Tal vez por eso la empresa me mandó a mí a hacer este trabajo. De una u otra forma me he estado fugando siempre sin llegar a ningún lado. ¿Habrá lugar para que yo me sume? Digo, no solo como capitán, quiero sumarme al proyecto.

—Por supuesto, esa es la idea de que usted esté aquí —contestó Juan Tardini, relajado con la respuesta.

Tolo Brambilla había escuchado en silencio toda la conversación.

—¿No les alcanza con encarar este proyecto absurdo, ahora suman adeptos? ¿No se dan cuenta de que la empresa con esto se saca un problema de encima y con dos mangos?

—A ver, Tolo: Venimos escuchándote y aguantando tus opiniones nefastas permanentemente con una mala onda insuperable. ¿Qué vas a hacer vos? ¿Vas a venir? A ver, decime: ¿Vos crees en dios?

—Obvio.

—¿Creés en la existencia de ovnis?

—Sí.

—¿Creés en el mal de ojo?

—¿Cómo? Sí, por qué no.

—Creés cualquier boludez. ¿Por qué no vas a creer que somos capaces de llevar adelante esto?

—Mira, yo sigo convencido de que es una locura. Pero ustedes son mis amigos. Si los dejo solos, no voy a saber qué pasa. Yo voy, pero solo para asegurarme de que tenía razón.

En el fondo no quería reconocer que la idea lo seducía profundamente y que la amistad le pesaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Enzo Valle se levantó con tono imperativo:

—Hagamos algo, por supuesto que estás entre nosotros. Pero por favor, si no tenés algo positivo para aportar, mejor guardate tus opiniones. Para dudas e inseguridades con las que cada uno tiene adentro nos alcanza y sobra.

—Jefe, si estamos en esto hasta las manos. ¿No es conveniente ver el temita del casco del *Santa María*?

Louis de esta forma se daba por incluido en el proyecto sin reconocerlo públicamente. En el fondo había esperado toda la vida por una oportunidad como la que tenía enfrente,

la fuga implicaba darle un sentido a su vida, sumado al hecho de que se incluía en la misma haciendo lo que mejor sabía hacer: navegar y llevar su moto a bordo.

—Sí, loco, tenés razón. Lo vamos a llevar a Comodoro para hacer un control del casco. No queremos sorpresas o que se agranden las filtraciones que ya tiene —respondió el capitán Piedrabuena mientras se servía un vaso de tinto.

—Disculpen que insista, pero yo sigo pensando en el asado. No el de hoy, sino allá, en Dinamarca. No tenemos quien sepa depostar bien —interrumpió el indio. —¿Vos no te animás, Gordo?

—Ni idea tengo del tema, lo mío es la parrilla. ¿Sabes quién puede saber más que ninguno en el pueblo? El Milla.

—Olvidate, ni loco. ¿Quién lo saca al Milla del campo? Si no viene ni al pueblo.

—Mira, como siempre: El No ya lo tenemos, con ir y preguntarle no perdemos mucho. Además hace falta quien sepa algo del manejo de ganado también y en eso no hay otro.

—Bueno, mañana a la tardecita nos damos una vuelta por allá, por su rancho, y vemos qué dice.

Al atardecer, el sol ya había empezado a proyectar un manto anaranjado sobre la estepa patagónica. En lo alto, unas nubes rosadas tenues y finas anticipaban el viento acostumbrado. Sobre el camino, las liebres habían empezado a cruzar en ambos sentidos, yendo de un lugar a otro buscando las mejores pasturas.

En la camioneta de Claudio, junto a Enzo, llegaron por la huella que llevaba al rancho del Milla. Tratar de llegar en otro vehículo hubiera sido imposible dado el estado del sendero.

—Buenas tardes, Don Milla.

—Buenas. Pasen, justo estaba por hacer unos mates.

Abrió la puerta del rancho e hizo un ademán para que entraran.

No es que estuviera por tomar mate: la pava de cinco litros estaba siempre en un costado de la cocina económica *Istilart*, que mantenía el agua lista todo el día. De esa forma tenía agua caliente y se humidificaba un poco el ambiente extremadamente seco.

—Asiento —dijo El Milla mientras ponía en el horno de la cocina a leña, la asadera con capón del mediodía y sacaba unas *tortafritas* para picar.

Enzo comenzó a explicar una vez más todo el proyecto, la idea de fuga y puso cierto énfasis en la necesidad de contar con alguien que supiera depostar y manejar animales.

La pregunta del Milla sorprendió a los visitantes.

—¿Y yo puedo ir?

No se esperaban una aceptación tan rápida.

—Claro, Don Milla, de eso se trata nuestra presencia aquí.

Don Milla sacó la fuente del horno y se las ofreció a la visita:

—Sírvanse, está bueno. Es del mediodía.

—La idea es que usted se ocupe del manejo de los animales hasta llegar allá. Hay que preparar todo para el viaje.

—Dígame, y esa Dinamarca: ¿queda lejos?

—Sí. Es Europa, vamos en barco.

Volviendo sobre la huella perdida en la oscuridad, Enzo reflexionaba con Julián:

—¿Viste? Del tema de los fugados no dijo ni papa. Y él sí que no es un fugado, ha estado aquí en ese mismo rancho toda la vida. Y sus padres hacían lo mismo.

—Él no se habrá ido a ningún lugar, pero su vida, su realidad, se la cambiaron. Creo que si tuviera el campo con ovejas no lo sacas ni a palos.

—Sí. ¿Viste cómo le brillaban los ojos cuando le dijimos el tema del ganado?

—Debe ser difícil para él. Le han sacado su motivo de vida y esto renueva sus esperanzas. En síntesis, él no es un fugado pero se le fugó la vida. ¿Tendrá conciencia de lo que implica el viaje?

—Mira, Julián, para ser honestos, creo que nosotros tampoco tenemos mucha conciencia de lo que estamos haciendo —concluyó Enzo.

—¿Viste la guitarra que estaba al costado?

—Sí, a mí también me llamó la atención. No tenía idea que al Milla le interesara la cuestión cultural.

—Calculo, por las características del personaje, que debe hacer algo de folclore; no creo que sea demasiado *culturoso*.

—¿Acaso el folclore no es una expresión cultural más? No hay por qué minimizarla ni menospreciarla.

—Me refería a que no lo veo al Milla tocando *Recuerdos de la Alhambra* o un minué. No creo que haya estudiado en un conservatorio ni nada por el estilo.

—Sí, bárbaro, pero eso no implica que lo que toque el Milla en la guitarra no sea cultura. De paso nos viene bien para llevar algo de nuestra propia cultura en el viaje, aunque lo quieran llamar folclore es nuestra cultura.

Tomando las dos curvas en bajada de entrada al pueblo, volvieron con noche cerrada con la convicción de haber sumado una voluntad más a la fuga en marcha. Pero, al otro día, debían seguir con la labor de reformas navales y era un trabajo duro al que no estaban acostumbrados.

Al día siguiente, Claudio Domínguez junto con el petiso Julián Tardini, al costado del muelle, preparaban unas maderas de una especie de corral para el manejo de ganado dentro del barco. El ganado vacuno debía estar distanciado de las ovejas

por cuestión de volumen y los guanacos lejos de ambos previniendo incompatibilidades lógicas.

—Desde fuera no se ve tan grande, pero adentro es enorme. No sabía que un barco fuera tan grande.

—De cerca las letras parecen gigantes. ¿Viste el nombre, a vos te parece adecuado?

—La verdad es que no, no tiene nada que ver. Deberíamos ponerle otro, podríamos charlarlo y decidirlo en el asado, el domingo, en casa del Gordo.

—¿Qué tal *El Fugado*?

—O *La nave de los fugados*.

—Mejor *La fuga salvadora*.

—Disculpen que me meta, pero no se le debe cambiar de nombre a un barco. —Louis se encontraba a un costado armando una gaza de la amarra y había estado parando la oreja.

—¿Por qué? ¿Es muy complicado? ¿Son muchos trámites?

—No, pero rebautizar un barco es de mal augurio.

—No me va a decir que es supersticioso; usted, un hombre de mundo, no puede creer en esas pavadas.

—Hagan como quieran, pero si lo cambian no cuenten conmigo para el viaje —y siguió con la vista puesta su tarea de cabuyería.

Claudio y Julián se miraron con sorpresa y ambos bajaron la mirada con resignación. Guardaron silencio unos segundos.

—Después de todo, *Santa María del Sur* no es tan malo —suspiró Julián.

—Creo que sí. Habría que retocar las letras, ahí donde reforzaron el casco quedó chamuscado.

12

El domingo en la homilía de la misa del padre Francisco, el cura se salió de protocolo y dejó el tono formal que acompañaba usualmente sus misas.

—Queridos hermanos, hoy quiero compartir con ustedes la visión del obispo. Consulté al mismo en relación de qué pasos seguir respecto del proyecto de fuga que en estos días ocupa nuestros corazones. Sus consejos fueron que debía seguir junto al pueblo, acompañar y aconsejar a mi rebaño, y ese es el lugar que Dios me ha asignado.

Las caras de sorpresa de los feligreses fue notable, pero las palmadas en la espalda del cura y los movimientos de aceptación acompañaron la salida de la misa.

Se sumaba a esta decisión el hecho de que en Dinamarca la religión católica tampoco sumaba demasiados adeptos, y esta locura también le venía bien a la iglesia. En síntesis, con el envío del cura a la fuga, se hacía una avanzada católica en dominios de los protestantes luteranos, sin que la iglesia destinara fondos para eso.

En otras regiones la gente suele mandarse postales, cartas, algún artículo regional o tejido de la abuela, como señal de afecto o tal vez para compensar algún favor.

En *Los mensajes al poblador rural* que emite la radio AM de Comodoro Rivadavia, y que el hombre de campo escucha rigurosamente, leyeron el siguiente mensaje:

Para Juan Calfupán, en Caleta Delgada, su tía Clotilde de Cushamen le hace saber que va encomienda con lo convenido por colectivo.

Todo el mundo sabe que está prohibido el envío de mercadería perecedera en una encomienda, pero ya es sabido que dicha práctica cuenta con la vista gorda de las autoridades. Y que la mencionada encomienda contiene seguramente un corderito de Cushamen para Juan; el auténtico cordero patagónico iba en camino.

—¡Epa! ¿Qué pasó con el asador? —apenas iba llegando Enzo Valle—, me lo desbancaron al Gordo.

Juan Calfupán, mientras cortaba leña, contestó:

—Es que mi tía me mandó un bichito de Cushamen y, para asegurar el asado, fuimos a buscar a un experto.

Para sumar al Milla, no solo había que hablar, también hacía falta darle un rol de importancia. Y en honor a la verdad, para hacer un buen asado al asador, al palo, o a la estaca, como guste llamarlo, no hay como el paisano de campo.

—Yo sé reconocer a quien sabe más del tema —dijo el Gordo sin sacarle la mirada de encima al Milla, a ver si lograba aprender los secretos de ese tipo de asado.

—Ah, bueno, siendo así no hay problema. Habrá que reforzar el pan entonces. Menos mal que traje el cuchillo —dijo Enzo Valle buscando la chaira para asentarlos.

Milla, que se había dado cuenta de la vigilancia del Gordo, se alejó del asado y lo llevaba como de compromiso sin darle mayor importancia. Como si se hiciera solo, de esa forma sabía que revalorizaba aún más su rol.

—¡Échele un palo amigo! —dijo el Milla, de espaldas al gordo. Como para participarlo un poquito y que notara su vigilia. Internamente gozaba la situación.

—Buenos días, hoy nos cambiaron la jugada.

El Capitán iba cayendo con Louis con las botellas acostumbradas.

—Disculpe, Capitán, no le avisamos. ¿Trajeron cuchillo o les presto? Esto se come distinto, no sé si sabe —acotó el dueño de casa.

—La verdad que lo he visto en foto nomás, y lo he probado en restaurante, pero nunca tuve la oportunidad de verlo de cerquita como ahora. No, no traje cuchillo, me va a tener que prestar.

Uberlindo Millaqueo volcó un poco el asador hacia atrás, sacó el cuchillo de la vaina, que llevaba siempre en la cintura, clavó la punta cerca del cuarto y dijo: ya está listo, sírvase, Capitán.

Es tradicional dejar que las visitas se sirvan primero, y, si mal no viene, reírse del papelón casi asegurado que hace un cuchillo sin experiencia al tratar de servirse algo directamente del asador.

—Eh... ¿No hay platos?

—Acá tiene un pan, corte y dele nomás.

Y todos miraban atentos cómo el capitán encaraba el cor-
dero con cara de intriga.

El capitán tomó aire, encaró las costillas e hizo un corte, lo que terminó con medio costillar en el piso y las carcaja-

das de casi todos los que lo estaban esperando. Louis pensaba: «menos mal que no me tocó a mí».

—Deje, que yo le corto y le paso. Siéntese nomás —dijo el Milla mientras cortaba trozo de la pata con suma destreza—. Usted tenga el pan preparado.

Así sentados alrededor del fogón, con las piernas separadas, para evitar la gota de grasa. Con pan y cuchillo dejaron solo el espinazo a una sola voz:

—¡Qué bueno que está esto!

El asado se terminó y el Gordo guardó en una bandeja un trozo de espinazo sobrante, que calentaría en el horno y acompañaría con alguna ensalada. El truco se hizo con parejas por turnos y casi sin darse cuenta las sombras se fueron alargando.

Empezando la noche, el Milla regresaba al rancho con el último resplandor del ocaso. Se sintió reconfortado por el rol protagónico que había tenido en la jornada, en casa del Gordo. Dejó el caballo y entró en la casa. Se recostó en el catre mirando el techo, su vista se detuvo en el cable que alimentaba la lámpara de la habitación. Un cable que supo ser blanco y estaba casi marrón de los restos de moscas acumulados durante años. Había visto ese mismo techo antes de que hubiera luz eléctrica ahí, cuando solo estaban los tirantes y las chapas y todavía no estaban tan oxidadas por el paso del tiempo y la acción del salitre. Sus recuerdos de la infancia empezaron a pasar delante de él. Cuando pintaba la casa con su padre, las tardes ayudando a su madre a ovillar lana, sentado en un antiguo banquito pequeño que aún conservaba, ahora usado como apoyo para tocar la guitarra.

Se levantó y fue a la cocina y miraba. El reloj dorado que simulaba un reloj de pulsera que le habían comprado al mercachifle Weinger, el espejo con las imágenes de la Virgen María, el gauchito gil, la estampita de San Cayetano con la espiga

de trigo, todas puesta por su madre. Los retratos de sus padres en fotos amarillentas, tiznadas por el humo y el paso del tiempo. Todas las imágenes le recordaban su infancia y toda su existencia relacionada a aquel rancho. Hasta la antigua guitarra que su padre le había enseñado a tocar. La tomó y acarició unos acordes típicos de una milonga sureña, con la mirada perdida en la ventana, sin cantar nada y sin lograr con esto detener los recuerdos de su juventud.

El pensamiento de la incertidumbre acerca de lo que estaba por venir: ¿Valía la pena abandonar el rancho y todo aquello que conformaba su vida? ¿Podría dejar aquellos objetos que sintetizaban los recuerdos de su familia? ¿Qué debía llevar al viaje? ¿Volvería alguna vez? Sabía perfectamente que, al fin y al cabo, aquel rancho no era suyo y que solo estaba ahí por un favor de los dueños del campo; aunque él lo viviera y sintiera como propio. Seguramente no había vuelta atrás. Tal vez podría conchabarse en algún otro campo, donde la producción ganadera estuviera en marcha; pero seguramente no sería el mismo campo, ni mucho menos el rancho actual.

Se fue a dormir con la sensación de estar encarando algo que debía haber hecho hacía mucho tiempo, cuando había empezado a reemplazarse el ganado por torres de exploración y bombas extractoras del petróleo. En definitiva ese campo, ese rancho, esas paredes y esos objetos solo contenían sus recuerdos.

13

Se hicieron muchas reformas del barco, en especial el sector destinado al transporte de hidrocarburos convertido ahora en bodegas de carga general, se instalaron unas grúas de carga liviana y se reformularon el orden de los mamparos de división interna. La carga que iba a llevar no era líquida y requería un cierto espacio específico, en especial para el ganado.

—Mañana vamos a dar una vuelta para probar el *Santa María del Sur* y la tripulación. Sería bueno que los avise a todos —le dijo el capitán a Enzo Valle.

—Qué bueno. ¿Cuándo volvemos?

—No, va a ser una vuelta cortita. Para probar todos los sistemas, en especial el del timón. Volvemos a la tardecita nomás.

Genial, ya les estoy avisando.

Y salió corriendo Enzo Valle como si fuera un chico.

Por la mañana, Enzo y el Capitán aguardaban la llegada de los tripulantes en un día bastante templado y calmo. Situación ideal para que los tripulantes no se asustaran en su primera aproximación al mundo marítimo.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Enzo al Tolo Brambilla.

—¿No hay que fumar en pipa en los barcos? Así se ve en las películas.

—Pero no seas estúpido, te quedaste enganchado con los dibujitos de Popeye el marino.

El Milla apareció igual que siempre. De bombachas, cincha y la boina, mirando el barco con cierta desconfianza.

—Disculpe, Don Milla, pero le va a convenir buscarse otro calzado. Con esas alpargatas se va a patinar —le dijo el capitán con sumo respeto.

—Si no es esto tengo las botas, nunca usé otra cosa —contestó mirando sus alpargatas y pensando que no estaban tan bigotudas.

—No se haga problema, si no tiene unas zapatillas, yo le presto unos borcegos. Así no se le enfrían los pies.

—Déjeme así nomás, después vemos.

El pueblo entero se acercó al muelle para ver salir el barco con la nueva tripulación. Algunos ayudaban con las amarras y todos sin excepción saludaban desde la cubierta, como si fueran a hacer un gran viaje. No faltó quien se emocionara en el evento, y flotaban frases comunes en el aire. *¡Quién diría! ¡Quién iba a pensar verlos alejarse ahí arriba! ¡Ojalá no pase nada, por Dios! ¡No somos nada!*

Julián Tardini iba cerca de la proa, por la banda de estribor, junto a Juan Calfupán, y le observó la yema de los dedos blancas de apretar fuertemente la baranda del barco con la vista fija en las olas formadas por el bulbo del mismo barco, que cabeceaba e iba cortando el oleaje con viento en contra del este. Se le notaba claramente la mandíbula presionada y las piernas rígidas.

—¡Eh, indio! No arrugue, que no hay quien planche. No te asustes, no pasa nada.

—Qué querés, si esta mierda se zamarrea como *huevo'e rengo*.

—Tranquilo, vamos mejor para atrás. En la popa, como le dice el capitán, me parece que se mueve menos.

—¿No le podés decir que pare un poquito?

—¿Que pare de qué?

—De moverse, me siento mal.

—¿Tomaste la pastillita que dijo el Loco Luí?

—Uh, no. ¿Tiene algo que ver?

—¡Boludo! Sentate y mirá el horizonte, a ver si se te pasa el mareo.

Un grupo se mantuvo en la sala de máquinas repasando la rutina de mantenimiento guiados por Louis. Otros, en el puente de mando junto al capitán, quien se maravillaba de la cantidad de consultas que eran capaces de hacerle e interiormente se preguntaba si en algún momento se irían a cansar de preguntar; por otro lado ya estaba medio arrepentido de haberse embarcado en esta empresa, pero pensó: «Ya se irán a callar». Y siguió contestando con estoicismo:

—Y esto, ¿para qué se usa? —preguntó Enzo Valle, refiriéndose al taxímetro.

—Vea, *m'hijo*, yo me pasé toda la vida para aprender esto, no es que usted no pueda; pero no va a pretender aprender todo en un rato, ¿verdad?

Era evidente que se había superado el umbral de la paciencia del Capitán.

—¿Se sirve un amargo, Capitán? —dijo el galenso, saliendo al cruce para descomprimir la situación.

—Sí, por supuesto. Pensé que no llegaban nunca —contestó con un suspiro.

El único que se quedó en las bodegas fue Uberlindo Millaqueo, quien miraba los espacios previstos para el ganado, los granos, los fardos de pasto y el agua, mientras patinaba como le predijo el capitán. Y pensaba: «Acá no van a caminar para los corderos, van a salir pasados de grasa». Después subió al comedor para el almuerzo, donde se habían dispuesto los platos y cubiertos. En las bandejas de la cocina se encontraban las fuentes con comida a elección: arroz, ensalada, carne al horno con una salsita de cebolla, morrones y vino, y algunas porciones de cordero en guiso. El Milla se arrimó a la mesa y en una inclinación del barco se apoyó sobre el costado de la mesa cardánica, logrando que los enseres de cocina fueran al piso en su gran mayoría. En medio de las risas Julián le dijo:

—¡No! No se apoye, Don Milla.

—Uh, disculpe. Pero ¿por qué no afirman esta porquería?

—Es así para que no se caigan las cosas.

—Pues, ya lo ve. No es muy exitosa que digamos.

—Con no apoyarse, alcanza.

Volvieron a ubicar los utensilios para el almuerzo y siguieron con la comida con mucha desconfianza respecto a la mesa.

Luego de seis, tal vez ocho horas de navegación con el barco lastrado, volvieron a amarrar en el muelle de Punta Delgada, siguiendo las instrucciones de Louis con el manejo de los cabos y las amarras.

Todos fueron bajando como acariciando las barandas del *Santa María del Sur*. En realidad se llevaban más interrogantes que antes de subir. Sabían que una cosa era navegar un ratito y otra muy distinta emprender semejante viaje.

—¿Y? ¿Cómo le fue con las alpargatas, Don Milla?

—Tenía usted razón, andaba como chorizo en *fuelle* de *loza*. Me parece que le voy a aceptar el convite de los borregos.

—Bárbaro, cuando emprendamos el viaje estarán a su disposición.

El descenso se complicó un poquito, ya que si bien el barco estaba amarrado a otro en andana, el segundo estaba un poco más bajo que el muelle debido a la altura de la marea.

—Bueno, Capitán, ya está todo listo. ¿Cuándo salimos para allá?

—Listo, listo..., no, Enzo. Aún faltan algunos retoques, en especial de pintura; no tiene que quedar ninguna parte de hierro expuesto, si no el óxido avanza rapidísimo. Igual para ir a Dinamarca es mejor hacerlo en invierno.

—Pero en invierno hace más frío.

—Sí, hace más frío acá. Tenga en cuenta que el invierno nuestro es el verano de ellos; y que podemos llegar a encontrar témpanos de hielo. ¿No querrá que nos pase como al *Titanic*, ¿verdad?

—Ah, bueno, como usted diga entonces.

14

Siguieron las tareas de acondicionamiento del barco, pintura y algunos retoques que pidió el Milla para la bodega, ahora convertida en espacio para animales.

Los tarros de pintura epoxi iban y venían sin cesar, hasta hubo tiempo de hacer algunas líneas de decoración como para adornarlo un poco, siempre con la supervisión de Louis o el Capitán, que tenían la última palabra.

Cerca del muelle, se dispuso un corral específico para ir trayendo al ganado que iba a ser llevado, y contaba con la custodia y cuidado del Milla de manera incondicional.

Tolo Brambilla llegó corriendo hasta el alambrado:

—¡Eh, Don Milla! Allá se le escapó un ternero. ¿Le doy una mano para traerlo? —dijo mientras señalaba con el dedo índice, hacia el camino donde estaba dicho animal.

—*Ná*, no va a ir muy lejos. Si la comida está acá, ya va a ver como vuelve —contestó Uberlindo Millaqueo con la serenidad que lo distinguía.

—Bueno, usted sabrá.

El Tolo bajó la mirada, puso las manos en los bolsillos y volvió caminando sobre sus pasos. No había forma de reducir la brecha de desconfianza que había generado su propia actitud de agorero, que le había costado construir en tantos años. No era exactamente desconfianza, pero notaba que algunos amigos habían empezado a tocarse la entrepierna en su presencia, lo cual no lo ponía muy contento. Además no sabía cómo revertirlo, a pesar de los esfuerzos que hacía para cambiar su imagen. Estaba convencido de que dicha empresa demandaba una militancia permanente, pero a veces se le notaba cierta falsedad en sus palabras, imposible de disimular. En el fondo seguía siendo solo el mismo mufa de siempre, con un intento de reconversión pretendida de simpática.

No era cuestión de empatía la respuesta de Millaqueo, simplemente que el apuro no estaba dentro de sus pautas de conducta de vida. *No hay apuro, ya va a llegar, el tiempo todo lo cura*, eran las frases que marcaron su crianza y que él ejecutaba al pie de la letra; no había vivido circunstancias que le hubieran puesto en jaque dichas premisas. Luego ¿para qué cambiarlas?

15

La fecha de partida ya estaba fijada. Y los días subsiguientes se vivían como una cuenta regresiva en todo el pueblo.

Los que se iban trabajaban como de costumbre, pero los que habían decidido otro rumbo ayudaban con más ímpetu. Se respiraba un clima de camaradería inusitado. Además, los pobladores que no subirían en el *Santa María del Sur* sabían que les quedaría una cuenta pendiente en su vida. Sin embargo el ayudar con fuerza los hacía partícipes minoritarios de esa proeza que no se animaron a abordar.

Claramente el tiempo es una dimensión difícil de mensurar, un simple reloj solo sirve para sincronizar ciertas y determinadas cuestiones. En esos tiempos convivían dos relojes simultáneamente. El grupo de los fugados, los que se iban a embarcar, vivían un día de más de veinticuatro horas, la ansiedad les hacía eterna la espera. Pero los que se quedaban parecían querer alargar los días compartidos con ese grupo de héroes que iban a llevar a cabo la epopeya, un sueño concebido de manera colectiva, pero del cual habían decidido excluirse.

Sobran las manos para ayudas a los futuros aventureros. La intención de todo el pueblo estaba en torno al «viaje». Trataban de pensar en lo que pudiera faltarles y no faltó quien aportó alguna reliquia familiar a modo de antigüedad para que llevaran a las nuevas tierras. De a poco se corrió la voz y todos quisieron cooperar con algo. Hasta se aportaron herramientas insólitas: tronzadores, hachas, guadañas, machetes, faroles a kerosene, antiguos pedernales en desuso, una azada y una hoz, como si fueran a conquistar tierras inhóspitas; pero todo era con la mejor intención de sumar ayuda a los fugados. Algunos se daban cuenta de lo poco práctico de llevar aquellos utensilios, pero tampoco quisieron rechazar la contribución recibida.

16

Último asado en la casa del Gordo, último asado en Caleta Delgada, última reunión gastronómica antes de la partida. ¿Era una despedida? ¿De quién si todos los comensales iban al viaje? Sin embargo se vivió como si fuera eso específicamente. Todos llegaron con ropa especial: Enzo, con una nueva camisa a cuadros; el Milla sacó a relucir una antigua rastra de oro heredada de su padre; el Gordo también estrenaba pantalón y hasta sacó un delantal para hacer el asado sin ensuciarse. El menú no salió de lo usual, salvo por el agregado de tres rodajas de provoleta condimentada que trajo Louis. La charla no pudo escindirse de los preparativos del viaje y seguía un tono afable y superficial. Internamente cada uno llevaba una procesión de recuerdos y dudas que guardaba para sí mismo y no tuvieron el valor de compartir. Hasta en el truco del final de la jornada Enzo dejó pasar una falta del Tolo, solo para mantener un clima cordial.

El día llegó, las espesas nubes, que descargaban una fina llovizna de garrotillo sobre Caleta delgada, impedían la llegada de los primeros rayos de sol. Cualquiera diría que era un

mal presagio para el día tan esperado, hoy partiría el *Santa María del Sur* con su comparsa de fugados a bordo.

El barco se venía cargando en los días anteriores con la dirección del Capitán en forma exclusiva, quien resguardaba el balance del peso de manera precisa. Los animales gozaban de la compañía inseparable del Milla, que ya era un habitante más del *Santa María del Sur*. Muy orgulloso lucía sus borcegos con la bombacha de campo arremangada para que se los vieran, sin sacarse ni el pañuelo del cuello ni la boina reglamentaria.

Los abrazos interminables y lágrimas fueron los hechos más destacables de aquel día nublado. «Cuídense mucho», «Escriban», «Manden mails» eran las frases recurrentes.

Hasta Sandra Davies, quien había decidido volver con sus parientes al valle inferior del río Chubut en Gaiman, le acercó a Louis una torta tradicional galesa hecha por sus propias manos envuelta en un repasador. Una herida en aquel corazón impenetrable del francés se sumaba a las anteriores, pero algo había quedado en esa relación y se habían prometido que, ni bien se instalaran, Louis le mandaría el pasaje a Sandra para que fuera con él; promesas adolescentes de un amor otoñal.

Hasta el mismo Uberlindo Millaqueo se quedó en la popa del *Santa María del Sur* durante la zarpada, todos saludando y con lágrimas en los ojos, algunas sentidas y otras por contagio, pero nadie entró a guarecerse de la lluvia.

El poblado se fue achicando hasta quedar confundido con la línea del horizonte. El color del agua pasó de un celeste verdoso a un azul oscuro. Más tarde solo se veía agua en el horizonte, parejo en todas direcciones. Las olas se fueron haciendo más suaves y más profundas. De a poco fueron entrando y acomodándose cada uno en la tarea que les había asignado el capitán. El silencio reinó el resto de la jornada.

Louis y Claudio Domínguez se turnaban en la sala de máquinas. Enzo y Julián se reemplazaban mutuamente en la asistencia del Capitán en control del timón y los instrumentos de alarma. El gordo Asencio tenía a cargo la dirección del sector gastronómico. El único que no tenía relevos era el Milla, quien se ocupaba de los animales de manera unipersonal y se había negado rotundamente a tener algún ayudante.

—¿Para qué quiero un ayudante? Solo van a hacer cagadas. Deje, Capitán, de esto me ocupo yo solo.

17

45° LATITUD SUR, 55° 15' LONGITUD OESTE. La vista desde la cubierta del barco se torna monótona, agua hacia todos lados. El meneo de las olas se ha vuelto rítmico y la sensación de inmensidad del océano se hace notar. Ante una vastedad semejante se toma conciencia de la pequeñez humana y de lo solos que estaban. La falta de visión de la tierra es una sensación muy particular.

Julían Tardini seguía mirando el agua de manera incansable como si fuera a descubrir algo en ella. Hasta que por fin vio algo que valía la pena.

—Capitán, ¿qué son esos pescados?

—Son delfines que vienen a curiosar un poco. Seguro que nos acompañan unas millas y después se van.

—Nadan a la misma velocidad que nosotros.

—Vea, la idea es llegar de la manera más segura, así que vamos despacio. A doce o quince nudos podemos dar la vuelta al mundo sin gastar mucho combustible, tenga en cuenta que es un barco viejito.

Los más de treinta días calculados por el Capitán se iban a hacer largos, pero todos sabían, aun el propio Capitán, que este viaje marcaría sus vidas. No era un viaje más, no eran los puertos que conocía de memoria, ni tampoco estaban los marineros a los que estaba acostumbrado, sino que se trataba de un viaje mucho más significativo; donde el mismo viaje, la misma navegada solo era el principio de la proeza.

Enzo Valle compartía unos mates con el galenso Austin en el puente durante el relevo de la guardia.

—Che, ¿no nos parecemos a los galeses en su llegada en *La Mimosa* a la Patagonia?

—A mí me parece que nos asemejamos un poco más al viaje de Colón. De hecho, uno de los barcos de Colón se llamaba *Santa María*. Aunque espero que no vayamos a generar semejante genocidio.

—Pero nosotros no vamos a conquistarlos, solo les vamos a llevar nuestra forma de vida, nuestras costumbres y nuestra fe en la amistad.

—Con un discurso parecido llegaron los conquistadores a América: la religión, la fe y otros versos similares. Después vino la masacre. Y siempre se hizo con una cruz delante, como si Jesucristo hubiera tenido la culpa de lo que hicieron esos brutos.

Julián y Enzo, aburridos de verse siempre igual en el espejo, probaron dejarse crecer la barba unos días. Enzo volvió a afeitarse, pero Julián decidió que le quedaba mejor la barba que la cara, así que solo se recortó un poco en las mejillas para parecer un poco más prolijo.

El truco que antes era solo de los domingos se impuso como actividad cotidiana de la sobremesa, alternando, de vez en cuando, con una partida de póker para ver quién lavaba los platos.

Juan Calfupán, quien no tenía una afición conocida por las plantas, se acordaba de una maceta pequeña que contenía un raquíptico aloe vera. Estaba ubicado debajo de la canilla del patio de su casa, y lo regaba solo cuando se acordaba. No pensó en traerlo al viaje. Quién iba a pensar que valoraría una pavada semejante o que fuera a tener alguna importancia. Sin embargo, ahora ansiaba ver alguna planta con vida que no fuera en-salada o algo de tierra.

Las conversaciones giraban en torno de cosas que habían quedado por hacer en sus casas. Las que abandonaron en Caleta Delgada. Los recuerdos traían nostalgia, pero cada uno sabía que debía disimularlo lo más posible a fin de disminuir el efecto del contagio del bajón. Solo se permitían algunos comentarios en conversaciones íntimas, a la espera de que el resto no estuviera haciendo lo mismo.

En el amanecer del décimo día sucedió algo inusitado, nadie estaba preparado para una crisis de ese tipo. Lo más parecido a un psicólogo que tenían a bordo era el padre Francisco, pero no gozaba de la confianza de la tripulación para estos menesteres.

Julián Tardini seguía buscando ver algo en el mar, cuando de repente vio al Tolo acercarse al guardamancebo con determinación. Se dio cuenta y pegó el grito:

—¡Tolo, no!

Bajó rápido las escaleras y llamó al Enzo. Mientras el Capitán, que no sabía de qué se trataba, bajó la marcha de manera preventiva.

—¿Qué haces, Tolo? ¿Te volviste loco?

—Esto no tiene sentido, yo no tendría que estar aquí.

—Pero no hagas una boludez, vení, charlemos un rato.

—Lo arruiné todo, perdí mi oportunidad y encima ustedes me siguen tratando como un ajeno.

—Pero, boludo, ya hablamos las diferencias y está todo bien. ¿Qué es lo que te pasa? Vení, calmate y charlemos adentro que hace frío.

Ya había desistido de su plan de autoeliminación y caminaba junto a Enzo Valle, que lo llevaba firme del brazo hacia el comedor. Pero no aguantó más la presión en su garganta y surgió el llanto.

—Ustedes no saben. Hace como un mes me llamó el gerente de Comodoro y me ofreció ir como chofer a la nueva explotación que están inaugurando. ¿Qué mierda hago yo en este barco? ¿Me podes decir?

Enzo y Julián se quedaron sin palabras. No sabían de la nueva iniciativa de la empresa y mucho menos de aquel ofrecimiento que el Tolo había mantenido en secreto por pedido del mismo gerente. Por un lado, era una especie de traición respecto del grupo haber mantenido aquel secreto, pero también hablaba muy bien del mismo Tolo. No solo se la había jugado en la fuga de la cual no estaba totalmente convencido, sino que además había perdido una muy buena oferta laboral en el plano personal.

—Sí, Tolo, es verdad, no sabíamos nada de todo esto de la empresa.

—Pero lo que menos idea teníamos era de tu oferta de laburo. Creo que esto deben saberlo todos, y vas a ver como todos los muchachos te tratamos distinto. Tal vez si te hubieras sincerado desde un principio.

—Pero el gerente me pidió absoluta reserva. ¿Me entendés?

—Sí, claro, pero bueno, eso ya pasó. Igual todos deben saber del renunciamiento que hiciste para estar aquí. Si no te molesta lo charlamos en el almuerzo.

—Bueno, como vos digas.

—Ahora, anda a acostarte y quedate tranquilo, nosotros te cubrimos en tus tareas.

Fue así como en el almuerzo el mismo Enzo Valle se ocupó de participar a todos respecto del asunto del Tolo. Todos coincidieron en que él mismo había puesto más que el resto en el proyecto de evasión y que debían tratarlo de mejor manera.

—¿Por eso tenía siempre esa imagen de agorero?

—No, eso ya no se cura. Pero su esfuerzo para venir acá ha sido notable y hemos sido injustos con él en el trato cotidiano.

Esta vez el Tolo volvió a llorar pero con un llanto de alivio, y todos se levantaron a abrazarlo con palabras de consuelo y camaradería. De una manera un poco trágica había dejado de ser el mufa con actitud forzada de simpático; si bien había vuelto a ser el antiguo agorero que todos conocían, era un miembro más del grupo y se había sumado de manera profunda. Él solo se había sumado a la fuga por valorar la amistad.

El Gordo Asencio iba pasando por la entrada de la escalera que llevaba a la bodega y le pareció escuchar un sonido diferente, algo parecido a música, y decidió bajar a ver de qué se trataba.

No necesito silencio;
yo no tengo en qué pensar.
Tenía... pero hace tiempo...
¡ahora, ya no pienso más!

¡Los ejes de mi carreta
nunca los voy a engrasar!

Uberlindo Millaqueo les estaba cantando a las vacas guitarra en mano, sentado en la escalera y con un pie en el último peldaño.

—¡Eh, Don Milla! No sabía que le hacía a la guitarra.

—Rascamos un poquito, amigo.

—¿Por qué le canta al ganado? ¿Por qué no nos canta a los del grupo después de la cena, o en algún otro momento?

—Es que nadie me lo pidió.

—¿Y me va a decir que un ternero le pidió serenata?

—No, pero yo sé que el viaje los estresa, para eso le dimos la medicación, y la música los relaja.

—¿De verdad? No sabía.

—Créalo o no, pero se los ve más tranquilos, o al menos a mí me parece. No canto muy bien pero ellos no se quejan.

—Bueno, ¿cuando quiera nos canta algo a los muchachos?

—Lo vamos a tener en cuenta, amigo.

18

2° 05' LATITUD NORTE, 29° 10' LONGITUD OESTE.
Después del almuerzo, el Capitán iba volviendo al puente, y revisando los instrumentos de rutina se sorprendió al revisar el barómetro.

—¡Ya pasamos al hemisferio norte! Pero tenemos un problema. La presión atmosférica pasó de 1017 a 999 milibares bruscamente. Vayan y avisen a todos que aseguren todo lo que está dando vueltas y que piensen de dónde agarrarse.

—¿Qué significa eso, Capitán?

—Se avecina una tormenta, tal vez pase de largo, pero hay que estar prevenidos. También llamen al loco Luí, que tengo que hablar con él.

—Ahí voy.

—¿Qué pasa, Capitán? Ya están todos asegurando los bultos.

—Andate a la bodega y fíjate como atar el ganado. En especial las vacas y los caballos.

—Tendré que convencer a Don Milla que me deje meterme.

—Vos anda y haz lo que te digo, en todo caso es por orden mía. También decile que se vaya al camarote, la bodega no es el lugar más seguro.

—Buenas, Don Milla, necesitamos asegurar el ganado.

—Están bien, los vengo mirando todo el día.

—Sí, pero son órdenes del Capitán. No es que no tenga confianza en usted, pero de cabos y ataduras tengo un poquito más de experiencia que usted, no se me ofenda. De hecho necesito que me diga de dónde sujetarlos. Se viene una tormenta y hay que evitar que se vayan a golpear.

—Y, bueno, lo encaramos entre los dos, cuatro ojos ven más que dos.

Para las cuatro de la tarde se hizo de noche bruscamente, cambió de dirección el viento y bajó la temperatura de manera repentina. Veinte minutos después estaban en medio de un vendaval, el Capitán calculó la altura de las olas en quince metros, el viento hacía que el agua de la lluvia cayera casi horizontalmente. Algunas olas pasaban por encima de la baranda del barco o rompían sobre la cubierta, mientras la espuma de la cresta era barrida por la acción del viento.

En una escorada extrema por la banda de babor se cortó la sujeción de uno de los terneros, que tuvo que ser sacrificado más tarde por una pata quebrada. No hubo lamentaciones al respecto.

La tripulación salió ilesa de la tormenta, y solo quedó como un recuerdo desagradable. Varios se descompusieron y les duró un par de días la descompostura y el susto. El mar quedó con una resaca de oleaje que mantuvo la sensación de estar en una licuadora más que en un barco.

Con el mar ya calmado empezaron las reflexiones. Louis, Enzo Valle y Claudio Domínguez tomaban mates en el comedor e intercambiaban opiniones.

—Mira, vos, este vaivén que me parecía tan molesto al principio, ahora resulta sumamente placentero después de la tormenta que pasamos.

—¿Viste que siempre se puede estar peor?

—Sí, pero peor que la tormenta no lo creo.

—Mejor no hablar de situaciones peligrosas en el mar, es de mal gusto, y la gente se asusta. Pero una vez, pasando el cabo de Hornos, íbamos con un buque de contenedores, cambió el viento justo con una tormenta, parecido a lo que pasamos. Pero hubo que tirar los contenedores por la borda para poder salvar el buque. Se había roto el timón y uno de los motores. Zafamos porque nos rescató otro buque, si no, no contábamos el cuento. Eso mismo nos llega a pasar por estas latitudes y no creo que pase nadie a rescatarnos.

—Ah, bueno, Luí, menos mal que no nos querías asustar.

—No es eso, pero hay situaciones peores. Igual llevamos en cincuenta por ciento de lastre, la carga total del barco es insignificante para la capacidad que tiene. Por más viejo que sea, el tonelaje lo sigue teniendo igual. ¿Les dijo el Capitán que escuchó por la radio un SOS de un barco que se estaba hundiendo?

—No, no dijo nada. ¿No deberíamos haber acudido en ayuda?

—Ah, debe de ser para que no se asusten. Igual estamos muy lejos de la ubicación que dio la señal de auxilio.

—Yo creo que si pasamos esto sin mayores dificultades es una señal de buen augurio.

—Yo creo lo mismo. Me parece que contamos con una especie de bendición divina. No hay dudas de que estamos llamados a tener un destino superior.

—A mi parecer solo tuvimos mucha suerte. —Louis cerró la charla

El domingo posterior a la tormenta fue el mismo Capitán quien conminó al Gordo Asencio a recuperar el asado típico que los convocaba cada domingo en tierra, en la casa del Gordo.

—Asencio, ¿para qué le pusimos un chulengo en la cubierta sobre la popa? Hoy es domingo y deberíamos almorzar asado, como corresponde.

—Por mí no hay demasiado problema. Pero si cambia el viento, ¿no nos vamos a llenar de humo en todo el barco?

—No se haga problema, ya entramos en la zona de los vientos Alisios y nos van a acompañar por unos cuantos días, seguiremos navegando en contra del viento permanentemente.

Así el gordo comenzó a preparar el chulengo con sus rodillas vendadas por el esfuerzo que debía hacer para mantenerse en pie y contrarrestar el vaivén del barco. Pero al llegar a la cubierta se encontró con la novedad de un cordel con ropa de los hijos de Julián, y le mandó a avisar que sería conveniente que la retirara para evitar el humo lógico del asado. Luego subió Julián y se puso a reflexionar sobre la poca utilidad que tenía el cordel, ya que se le volaba gran parte de la ropa colgada. Pero no quería discutir con su mujer: el viaje en sí mismo ya era un motivo de conflicto familiar, y a esta altura no sabían cómo entretener a los chicos.

Pasado el episodio, el Gordo pudo afrontar el asado. Para llevar la carne a la cubierta necesitó la ayuda de Don Milla, que insistía en hacerse cargo del asado, viendo las piernas vendadas de Asencio. Pero el Gordo se resistió a ceder el mando del chulengo y mucho menos en el estreno del mismo.

Prender el fuego fue toda una odisea, el viento arremolinaba sobre la popa y se le volaban los diarios encendidos por la borda. Las maderas pequeñas llevadas para prender el fue-

go terminaron siendo absolutamente inútiles, finalmente optó por poner el carbón y pedir un soplete de gas envasado y asegurar el encendido, ya iba atrasado para el horario de las 12:30 que tenía el capitán como obligatorio. El vaivén permanente decidía la orientación de las brasas y los trozos de carne. Finalmente, con la pérdida de solo seis chorizos que decidieron arrojarse al agua, pudo llevar a cabo su cometido, y cuando estuvo listo le pidió a Julián, que estaba en el puente de mando, que tocara la bocina en señal de triunfo. Hubo varios ayudantes para llevar en bandejas el asado a la mesa y tuvo su tradicional aplauso para el asador. El resto del día debió guardar reposo y dar descanso a sus rodillas. Por la noche, Celia, esposa de Julián, habló con el gordo y se ofreció gentilmente a hacerse cargo de la cocina, y este aceptó de mala gana pero apreciando el gesto. Internamente pensaba: «Por un día que no coman bien, no se van a morir».

19

56° 07' LATITUD NORTE, 11° 32' LONGITUD OESTE.
Empezaron a verse algunos pájaros y la actividad del detector radar y en la misma pantalla del radar comenzó a cobrar vida.

—Capitán, se ven alguna aves que antes no veíamos. ¿Estamos llegando?

—Son alcatraces, un poco lejos de los acantilados costeros. Nos aproximamos a la costa de Inglaterra. Vamos a pasar relativamente cerca del extremo norte de la isla. Pero no tenemos previstas escalas.

A quien encuentre esta botella:

Este mensaje fue escrito desde un barco que lleva un grupo de rescatistas que provenimos de un paraje en la Patagonia. Nuestra cruzada intenta salvar al pueblo de Dinamarca que, aparentemente, sufre de abulia, apatía y luego se suicida. Llevamos un mensaje esperanzador para esa pobre gente, cimentado sólidamente en nuestras costumbres y valores de amistad y comunión, en un culto laico que consiste en reuniones gastronómicas

semanales en base a la ingesta de carne vacuna cocinada al calor de las brasas y una sobremesa de amistad y confraternidad. Somos los fugados al rescate del pueblo de Dinamarca. A quienes quieran unírse nos no les prometemos nada, solo un puesto de lucha por la vida misma. Estamos convencidos de que el sentido de nuestra propia existencia se enaltece al compartir nuestros valores y transmitir nuestra cultura a gente que lo necesita imperiosamente. Si usted quiere comprometerse con nuestros ideales será bienvenido.

Atentamente.
Jacinto Asencio

Metió la nota dentro de una botella de vino blanco vacía, la tapó con el corcho hasta el fondo, la lacró con vela, con la esperanza de que el cebo de la vela resistiera la acción del agua de mar y el efecto del sol, y luego la arrojó por la borda con una actitud ceremoniosa.

El Tolo lo estaba observando cuando arrojaba la botella, adivinó el trámite y le reclamó:

—¡Eh, Gordo! Yo también quería poner algo.

—Y bueno, haz una y tirala. ¿Te crees que mi botella es exclusiva?

—Ah, pero yo quería poner en la tuya. ¿Qué pusiste?

—Nada, es una misiva que sintetiza un poco lo que estamos haciendo en unos renglones y también invité a quien se quiera sumar.

—Pero ¿cómo vas a invitar a cualquiera?

—No seas tonto, lo más probable es que esa botella no llegue a ningún lado, o a una playa desierta o simplemente se rompa contra las piedras, vaya uno a saber.

Los días de convivencia forzada habían empezado a hacer aflorar las diferencias lógicas existentes en todo grupo humano, pero todos intentaban hacer un esfuerzo para evitar que el proyecto zozobrara por una pavada. No hubo discusiones ya que se evitaba tocar temas que pudieran ser motivo de conflicto. La mejor solución fue un uso restringido del habla, asumido de manera paulatina pero efectiva, a medida que se producían ciertos roces. Las miradas directas también se evitaban, al igual que dos desconocidos hacen en un ascensor. Los servicios de Don Milla, como guitarrero oficial, se requirieron con mayor frecuencia; la música ocupaba espacio en los oídos y evitaba un poco la charla obligada de la sobremesa. Louis pedía al Milla algún tema de Georges Brassens para animarse a cantar, pero esta música no estaba dentro del repertorio del paisano.

La espera de la llegada se tornaba eterna. Ya no molestaba el vaivén de las olas, ni el ruido permanente del motor. Los utensilios que se caían eran parte del paisaje.

Louis Lajonquiere descansaba en su camarote sentado en un banco. Con una birome en la mano sostenía su cabeza, el codo apoyado en la mesita, contra la pared, donde había pegada una foto de Sandra Davies. Mientras jugaba a enrularse la barba entrecana con la mano izquierda, escuchó al Tolo Brambilla que lo observaba desde la puerta.

—Che, Luí, las cartas manuscritas ya no se usan. Existen los mails hoy en día.

—Sí, ya sé eso. Pero si uno quiere marcar una diferencia, la carta hecha a mano tiene otro valor, en especial en estos menesteres.

—¿Trajiste papel suficiente? —preguntó el Tolo señalando el cesto casi lleno de borradores que no habían llegado a buen fin.

—Espero que sí. En todo caso, ¿me prestas unas hojas?

—Sí, claro, amigo. Pegó duro esa chica, ¿no?

—Mirá, no sé qué me pasa, si será este viaje en especial, el tiempo que pasamos juntos o qué. Mirá que yo tengo unos cuantos viajes en el lomo, pero la extraño muchísimo. ¿Qué decís vos? ¿Serán los años que tengo?

—A cierta altura de la vida, va siendo hora de perdonarse a uno mismo y empezar a vivir lo que nos queda de la mejor manera posible. Yo cambié de actitud y, aunque me cuesta bastante trabajo, ahora lo disfruto mucho más. Lo tuyo es más profundo, me parece.

—Eso mismo me decía el Gordo, por eso es que le estoy escribiendo. En dos días estaríamos llegando y quiero mandársela cuanto antes. Este viaje se me ha hecho larguísimo.

Los cambios de dirección eran imperceptibles sobre el barco, pero el Capitán había seguido un itinerario bastante exacto a la derrota planteada inicialmente, que incluía varios virajes en el rumbo a fin de mantener una ruta segura y sin riesgos de ningún tipo.

Hacía un par de horas que había caído el sol. Julián Tardini, que seguía en el puente mirando hacia el horizonte cada vez que podía, fue el primero que la vio.

—Capitán, allá a la izquierda, por babor me parece que se ve una luz. ¿Es un faro?

—Por la ubicación calculo que es el faro sur de la Isla Fair. Ya pasamos el meridiano de Greenwich y estamos navegando en dirección Oeste, como cuando zarpamos.

—Bárbaro, me podría decir que estamos dando vueltas en círculo que ni cuenta me doy. ¿Estamos lejos?

—No, esta isla pertenece a Inglaterra, nos queda poco, mañana llegamos.

20

Nadie sabía con qué se iban a encontrar al bajar del barco en Dinamarca, pero lo cierto era que iban a dejar aquel buque donde compartieron treinta y pico días de dura convivencia; cárcel y refugio al mismo tiempo. Si bien había sido áspera se habían acostumbrado un poco y entre todos se fueron complementando con las tareas. ¿Se iría a conservar ese ritmo de vida de manera comunitaria? ¿Volverían al individualismo natural que tenían antes de emprender el viaje?

De por sí, los compatriotas tienen un valor especial para quien llega a tierras extrañas y sabían que más allá de todo se iban a tener unos a otros al momento de instalarse y encarar su proyecto. No había plan de acción ni mucho menos un plan de contingencia. La incertidumbre y su objetivo de convertir a los dinamarqueses eran sus únicos elementos de motivación. ¿Serían suficientes elementos de cohesión del grupo?

Todos empezaron a preparar sus cosas para el desembarco, menos Louis, que se ocupó de preparar los cabos para las amarras y revisar el sistema del ancla, por si acaso se complicaba la disponibilidad de amarras en el puerto.

Al día siguiente la expectativa era mayor, y en el puente estaban casi todos mirando a ver quién veía algo de luz, como si fueran a encontrar un cartel de «BIENVENIDOS A DINAMARCA».

Ya había anochecido y una vez más fue Julián Tardini, que tenía la vista más acostumbrada que el resto, quien divisó una tenue luz titilante en el horizonte.

—Allá bien adelante se ve una luz que titila. ¿Qué es, Capitán?

—Ese es el faro de Esbjerg. ¡Muchachos, llegamos a Dinamarca!

Epílogo del autor

Estimado lector, inicialmente parecen innecesarias ciertas aclaraciones, sin embargo, y a riesgo de ser redundante, las quiero manifestar de todas formas. En principio agradecerle por haberse tomado la molestia de haber leído una obra de un autor absolutamente desconocido, ya que no había escrito obra alguna antes de esta. Esto no parece ser de suma importancia porque probablemente usted ya se haya percatado del detalle y, a pesar de ello, siguió adelante con la lectura. La tozudez podría estar dentro de sus cualidades.

El otro aspecto que vale la pena destacar es el simple hecho de que *La Fuga a Dinamarca* carece de un buen final, y es tal vez este aspecto su mayor riqueza.

El escribir esta *nouvelle* me ha resultado sumamente placentero, reconfortante y hasta terapéutico, sin embargo creo más en las creaciones colectivas que en las individuales. Los éxitos grupales son verdaderos éxitos, los individuales son completamente efímeros y volátiles, es por este motivo que lo invito, en la medida en que se sienta motivado a hacerlo, a es-

cribir el final o la continuación o el capítulo II o como desee llamarle.

Sobre mis cincuenta años vengo a descubrir que la escritura produce un crecimiento espiritual y cultural impresionante, cosa que no se experimenta hasta que no se vivencia, como tantas otras cosas en la vida. Si no fuera la continuación de la presente, anímese a escribir lo que sea, en el formato que le salga, haga usted la experiencia y, tomándose la tarea con seriedad, podrá verificar lo que le manifiesto.

Mi deseo es que no haya un solo y único final, sino tantos como sea posible, ya que su final tendrá tanta validez como el de cualquiera y, a mi forma de pensar, más validez que si lo hubiera escrito yo mismo. Si el desenlace lo escribiera el mismo autor, ya no sería una creación colectiva.

Gabriel Medina

